



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

---

---

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

## IDENTIDAD Y AUTONOMÍA EN EL ADOLESCENTE: UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

TESIS DE LICENCIATURA

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:  
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

PRESENTA:  
JOEL XOCOYOTZIN GUEMEZ ORTEGA

DIRECTOR DE TESIS  
DRA. ZURAYA MONROY NASR

MÉXICO, DISTRITO FEDERAL  
2014





Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Índice

<b>Resumen</b> .....	4
<b>Introducción</b> .....	5
<b>Capítulo 1. Historia y adolescencia</b>	
1.1. Historia de la noción de adolescencia.....	9
1.2. La adolescencia en la historia a partir del medioevo.....	13
1.3. Revolución Industrial: Transformaciones sociales en el ámbito familiar, económico y mental.....	16
1.4. Rousseau. El descubridor de la adolescencia.....	21
1.5. La adolescencia después de la revolución francesa y la revolución industrial.....	25
1.6. Adolescencia en la historia de la psicología.....	32
<b>Capítulo 2. Identidad en la adolescencia</b>	
2.1. Historia de la noción de identidad.....	51
2.2. Erikson y la identidad adolescente.....	65
2.3. El concepto de identidad en la adolescencia.....	71
<b>Capítulo 3. Autonomía y adolescencia</b>	
3.1. La autonomía.....	85
3.2. La autonomía en la adolescencia.....	86
<b>Conclusiones</b> .....	96
<b>Referencias</b> .....	100

## **AGRADECIMIENTOS**

**Se agradece el apoyo recibido por el seminario de investigación y tesis, así como el proyecto: *Filosofía, historia y psicología* (Proyecto DGAPA-PAPIIT IN400502), para la realización de este trabajo de tesis de licenciatura.**

## Resumen

En el presente trabajo se lleva a cabo una revisión bibliográfica del contexto en el que se produce la aparición del concepto de "*identidad en la adolescencia*" en la historia de la psicología. En el primer capítulo, se indaga la forma en que la *noción de adolescencia* aparece en la historia del pensamiento humano, los primeros atisbos en la antigüedad y el medioevo como un preámbulo del descubrimiento o invención de la misma llevada a cabo por Rousseau durante la ilustración. Se examina, también, su evolución posterior, hasta llegar a la aparición de la psicología y con ello de un abordaje definitorio que abre el camino a la psicología de la adolescencia. Es allí donde, más tarde, se conformará el concepto de *identidad en la adolescencia*. Este concepto, que es la esencia de la tesis, será el tema del segundo capítulo de este trabajo, donde se comienza con la exposición de los pormenores históricos que caracterizan la aparición de la *noción de identidad* y su posterior desenvolvimiento. Después, se revisa la importante aportación de E. Erickson y, luego, se aborda la aparición del concepto de *identidad en la adolescencia* y su desarrollo hasta nuestros días. El tercer capítulo corresponde al análisis de la importancia de la *autonomía* en la conformación de la *identidad en la adolescencia*, destacando la significativa actualidad de la formación autónoma del adolescente, como una estrategia para consolidar la obtención de una personalidad bien adaptada.

## **Introducción**

El concepto de *adolescencia* como una etapa del desarrollo humano constituye una elaboración reciente en la historia de la humanidad. En los inicios del siglo XX, el psicólogo norteamericano G. Stanley Hall, retoma las aseveraciones hechas dos siglos antes por Rousseau, filósofo franco-helvético, en torno a la existencia de una edad intermedia entre la niñez y la adultez. A este eminente filósofo se le atribuye la invención del concepto de adolescencia, en el que se considera a la misma como una etapa que surge durante el desarrollo humano, en el cual el niño comienza a asumir las responsabilidades morales y sexuales de la edad adulta.

Rousseau considera a la adolescencia como un proceso psicológico vinculado a la pubertad, Investigaciones posteriores, llevadas a cabo en el ámbito de la psicología, han retomado la perspectiva de Rousseau respecto a la importancia de las influencias sociales y culturales que acompañan a dicho momento del desarrollo humano. La consideración del entorno en la conformación de la personalidad adolescente, permite un acercamiento objetivo al análisis de las transformaciones sufridas por el sujeto que pasa por dicha etapa, en relación con su visión del mundo, concepto de sí mismo y relaciones con las personas que le rodean. El desarrollo de la *identidad en la adolescencia* es el puente indispensable para el logro de la deseada inclusión satisfactoria en la sociedad de los adultos

Este trabajo de tesis ha sido organizado de tal manera que permita evaluar la aparición y el desarrollo del concepto de *identidad en la adolescencia*. Asimismo, se procura destacar el momento en el cual surge el concepto de *adolescencia* en la historia humana. Éste aparece en un contexto intelectual en el que se procura ensalzar las virtudes de la vida cercana a la naturaleza. El desarrollo humano no escapa del naciente análisis objetivo que sienta las bases del moderno método científico e incluye el estudio de la diferencia entre las diversas etapas del crecimiento humano y las características de los individuos en cada una de ellas. Así, surge el interés acerca de la *adolescencia* en la historia humana. Rousseau busca definir en sus escritos la importancia de la educación de los infantes y los adolescentes para desarrollar sus habilidades y capacidades de forma óptima. Asimismo, como filósofo imbuido de ideas románticas, propone

cambios sustanciales en los métodos educativos imperantes, cuestionando el proceso evolutivo del ser humano y la necesidad de instruir al individuo de acuerdo con la edad del mismo. La burguesía, preocupada por la preparación de sus hijos, alienta la evolución de las bases del método pedagógico propuesto por Rousseau, lo que contribuirá a la creación de instituciones educativas donde la enseñanza será administrada de acuerdo con la edad de los estudiantes.

En el desarrollo del primer capítulo sobre la *adolescencia*, se lleva a cabo en primera instancia un breve apunte histórico cuya finalidad es ilustrar la situación en la cual se encontraban los jóvenes a partir del medioevo, momento en la historia humana donde los individuos adolescentes deben luchar con denuedo para poder gozar de los privilegios del trabajador adulto. La adquisición de habilidades y la aceptación de un gremio laboral eran indispensables para procurar su futuro sustento.

El arribo de la revolución industrial trae consigo cambios profundos en la organización de la sociedad humana. Surge la industrialización, y con ello la aparición de una nueva clase: La clase obrera y, por ende, también la burguesía. La revolución industrial promueve en un inicio, el cambio en las dimensiones de la explotación humana, pero posteriormente se propicia un crecimiento intelectual y social que comienza a dirigir su atención a las necesidades formativas de las clases más desfavorecidas, entre ellas la obrera.

Surge la psicología, la cual, desde sus comienzos, en su búsqueda del entendimiento de la psique, procura indagar en los procesos de desarrollo humano. Las aportaciones de los primeros psicólogos, que inician el camino de la naciente disciplina. W. Wundt, W. James y sobre todo S. Hall, se preocupan por la *adolescencia* en sus investigaciones.

El resto del capítulo registra la evolución del concepto de *adolescencia* mediante la aportación específica de diversos autores y la evolución del mismo dentro de esta pauta cronológica, aunada al progreso de la psicología durante más de un siglo y hasta nuestros días.

En el segundo capítulo se indaga al respecto de la evolución del concepto de *identidad* en el ámbito de la psicología en un periodo similar, para después

precisar lo referente a la aparición y el desarrollo de la noción de *identidad en la adolescencia*, que es la intención primordial de este trabajo de tesis. El concepto de *identidad* en psicología ha mantenido una indagación constante por parte de diversos investigadores en el transcurso del desarrollo de la psicología, tales como Anna Freud y E. Erikson. Se ha encontrado y hecho hincapié en la importancia de la participación del entorno social en el desarrollo de la misma en cada individuo. Una de las mayores interrogantes en la psicología se ha manifestado a través de la preocupación por definir las dimensiones del *yo soy*. Hasta nuestros días la indagación continúa.

El psicoanalista danés Erik Erikson fue el precursor de los estudios más detallados para encontrar las bases para determinar la forma en que se construye la *identidad en la adolescencia*, Su teoría del desarrollo abrió el camino a una serie de indagaciones posteriores llevadas a cabo por diversos autores, las cuales continúan vigentes hasta nuestros días en la búsqueda de la definición del esquivo proceso adolescente que implica la adquisición de una *identidad* única e irrepetible que además resulte conveniente para estructurar una vida adulta satisfactoria.

El tercer capítulo de este trabajo se refiere a la noción de *autonomía*, destacándose la importancia de este constructo en el logro de la identidad adolescente, la cual, posteriormente, constituirá la esencia de la personalidad del individuo adulto. El equilibrio entre las necesidades autónomas y las heterónomas de un individuo definirá el estado de satisfacción del mismo al pertenecer a una sociedad en la cual se desarrolla con un sentido de eficacia suficiente para permitir el equilibrio caracterológico que caracteriza a una *identidad* ecuaníme. Aparece la necesidad de una mayor *autonomía* en el individuo. Dicha *autonomía* es parte integral de la consecución de la identidad adolescente y conlleva la adquisición de la independencia de juicio necesaria para solucionar los cambios adaptativos que se le presentan, así como evolucionar en la búsqueda de la aceptación de sus capacidades y diferencias. La comprensión de los límites de sus alcances inmediatos, incluyendo los planteados por la sociedad circundante, así como la necesaria planeación de los pasos a dar en el futuro, confieren al adolescente los elementos para conseguir autonomía en diversos aspectos de su desarrollo



personal, lo cual plantea una necesidad inmediata de ejercer conductas que le permitan desenvolverse socialmente.

Diversos autores nos señalan que el ejercicio de la autonomía plantea al adolescente grandes cambios adaptativos en la concepción de sí mismo y en la confianza necesaria en su juicio personal. La independencia se constituirá en un elemento esencial para adecuarse a las demandas crecientes del entorno. La adquisición de *autonomía* ejecutiva, evitando recurrir a sus recursos paternos, fortalece su sentido de autoestima e *identidad* personal en ese periodo crucial de la existencia que constituye la adolescencia.

A manera de conclusión, es posible advertir en el desarrollo de este trabajo que la noción de identidad en la adolescencia surge con los atisbos de Rousseau a la adolescencia misma y después continúa con el estudio del desarrollo humano llevado a cabo por la psicología durante más de un siglo. Al conceptualizar la importancia de esta etapa del desarrollo humano, diversos autores han buscado desentrañar el proceso de adquisición de la identidad que se vuelve tan importante durante la adolescencia. Hasta nuestros días, con el advenimiento de las tecnologías de la comunicación, la indagación continúa con intención similar a la de los primeros autores que abordaron el estudio de la adolescencia. La adquisición de la identidad del individuo y los pormenores de la misma siguen planteando interrogantes a los investigadores, los cuales agregan elementos constantemente a las conclusiones sobre la noción de *identidad en la adolescencia*.

## CAPÍTULO 1

### *Historia y adolescencia*

En la búsqueda de los antecedentes del concepto de identidad en la adolescencia, así como del desarrollo de la autonomía en el mismo periodo de la vida humana, es necesario hacer una recapitulación que refiera la aparición de la *noción de adolescencia* en los anales de la historia de la humanidad. Dado que el campo donde debemos ubicar el concepto de identidad es el que ocurre durante el transcurso de la adolescencia, es necesario referirnos al momento a partir del cual el periodo adolescente fue considerado cómo una etapa en la vida del ser humano.

Durante la mayor parte de la historia humana, el periodo adolescente ha sido ignorado o minimizado por las diversas culturas que han signado el desarrollo de la civilización. No es sino hasta el siglo XVII que J.J. Rousseau introduce en la incipiente cultura científica de su época, la *noción de adolescencia*. El descubrimiento o invención de la importancia de ese periodo del desarrollo humano en la constitución de una vida adulta eficaz permitió a la sociedad establecer pautas educativas adecuadas para el desarrollo social e individual. Mas de un siglo después Stanley Hall lo redescubre para ubicarlo en el desarrollo de la psicología cómo un tema de especial importancia que incorpora la *noción de adolescencia* al devenir humano.

Autores posteriores a este precursor del estudio de los adolescentes, cómo Anna Freud (1921) y Erikson (1968) profundizan en la estructuración de una psicología de la adolescencia, y pugnan para señalar ante la sociedad la importancia de la etapa adolescente en la vida del ser humano, así cómo la necesidad de dedicar una especial atención a la regulación de los impulsos de los individuos en este período de la vida. También se investigan y desarrollan intervenciones terapéuticas para las psicopatologías de la adolescencia. La importancia de este período del desarrollo humano ha tenido cierto auge en la atención clínica psicológica moderna, debido a que la vulnerabilidad emocional

derivada de conflictos adolescentes irresolutos es, en muchos casos, un factor preponderante en la aparición de algunas psicopatologías de la edad adulta.

### **1.1. Historia de la noción de adolescencia**

Al referirse a la adolescencia, la profesora española exiliada en México Emilia Elias de Ballesteros (1979), menciona que durante mucho tiempo se consideró a la edad adulta como el arquetipo de la existencia humana. Las etapas anteriores - infancia, adolescencia – se consideraban como una simple preparación para alcanzar aquella meta ideal y las etapas posteriores – vejez y senectud – como su consecuencia y degeneración. No tenían esas etapas valor por sí mismas, sino en tanto que referidas a la edad adulta tomada como norma y arquetipo.

La profesora Ballesteros menciona que la teoría del “homúnculo” que durante mucho tiempo pretendió explicar la fase evolutiva con las características de un adulto en miniatura, constituyó la expresión más llamativa de esa concepción que convertía a la adultez no sólo en la edad señera en la vida del hombre, sino en la que le imprimía carácter y valor vital. “La niñez y la adolescencia eran edades que no tenían otra misión que preparar una adultez normal” (1979, p.33).

La percepción de la forma cómo evolucionaba el ser humano estaba constreñida por el pragmatismo inherente a las necesidades de supervivencia. Así, los individuos eran valorados de acuerdo con su capacidad laboral y no por la etapa del desarrollo por la cual transcurrían. Ballesteros afirma que la crisis de esa teoría se produce en el siglo XVIII con la obra de Rousseau.

*El contrato social* y *Emilio, o de la educación*, escritos por Rousseau, inducen modificaciones en las ideas filosóficas y políticas imperantes en el siglo XVIII. Estas ideas representaron una gran influencia en la aparición de los postulados en los cuales se basó la revolución francesa. Los filósofos de la ilustración, racionalistas por convicción, negaban importancia a la imaginación y al anhelo de superación del individuo. Rousseau, a través de sus obras, confronta los ideales de la sociedad imperante, distanciando sus conclusiones sobre el

desarrollo humano de los ideales morales y religiosos de la época. Asimismo, plantea que en la pubertad y debido al despertar sexual, se da lugar a las aspiraciones morales involucradas en la creación de la personalidad y la conciencia del individuo. Aunque puede considerarse que, de fondo, la intención era reducir las contradicciones entre la imaginación y el deseo de perfectibilidad.

Este autor concedía una especial importancia a las paradojas y ambigüedades en su obra. La intención era reflejar la contradicción inherente al espíritu humano en la búsqueda de una perfección a todas luces inalcanzable. En sus escritos, Rousseau establece una alegoría del sistema político de su época, a la vez que propone un cambio en los dogmas pedagógicos que prevalecían hasta ese momento. Sugiere ciertas estrategias para educar a un niño, así como algunas nociones acerca de las características de los seres humanos que trascurren por el periodo adolescente.

En su obra *Emilio*, Rousseau afirma que el niño y el adolescente no son hombres en miniatura, sino que tienen naturaleza propia, intereses peculiares, necesidades diferentes opuestas a las de los adultos. Así, Rousseau denotaba las diferencias, comenzando a gestarse una mirada diferente ante esta etapa de la vida humana. Siguiendo el consejo de Rousseau, el investigador alemán W. Prever (1841-1891) se dedicó al estudio de su hijo desde el periodo de gestación y a lo largo de su infancia y el resultado de dicha investigación fue el libro *El alma del niño* –piedra básica de la psicología infantil-(Ballesteros,1979).

De alguna manera comienza a gestarse un cambio en la percepción de la importancia de la comprensión de las distintas etapas del crecimiento del ser humano. El estudio de la psique humana encuentra en la adolescencia un espacio poco explorado del desarrollo humano que sin embargo resulta ser crucial para entender su propia evolución. Louise Kaplan, relevante psicoanalista neoyorkina nos dice que las opiniones sobre el papel que desempeña la adolescencia en la vida humana van desde considerar que se trata de: “un invento social descartable hasta verla cómo un “renacimiento”, en el que fructifican los más elevados logros morales” (1986, p. 15). Este último criterio fue antes compartido por Stanley Hall, al referirse a y en concordancia con J.J. Rousseau, a quien la mayoría de los

historiadores atribuyen haber sido el descubridor, si no el inventor de la adolescencia. Ciertos aspectos de la filosofía moral de Rousseau anticiparon el papel crítico que cumple el narcisismo adolescente en la formación del sentido ético (Kaplan,1986).

El interés en la moralidad, característico de la época, constituye su característica esencial. En la concepción occidental de la cultura se buscaba dotar a la especie humana de una significativa diferencia sobre el resto de los seres vivos. No a través del poder de transformar su entorno mediante sus invenciones, sino mediante la necesidad de crear reglas de convivencia y conducta que constituyesen dogmas a seguir entre las sociedades y buscando favorecer la continuidad del control del ser humano sobre el espacio que habita. Se buscaba algo más que la supervivencia a nivel material: entender el porque de las necesidades emocionales del individuo y apoyar su desarrollo óptimo. En el caso de Rousseau, se le atribuye directamente la invención o el descubrimiento de la adolescencia cómo una etapa significativa del desarrollo humano. En un principio utilizada cómo apoyo para establecer nuevas pautas educativas y diferenciadas entre las diversas etapas de la vida del individuo. Se hizo, así, una distinción hasta entonces inexistente entre la infancia y la edad adulta señalando una etapa antes desconocida: la adolescencia.

Kaplan (1986) también refiere que en las sociedades occidentales, al igual que en algunas sociedades cazadoras-recolectoras y en todas las civilizaciones de la antigüedad, el tiempo de “adolescer”, o “crecer hasta alcanzar la edad adulta” originalmente se otorgaba sólo a los hombres jóvenes de las clases altas y a unos pocos varones y niñas de excepcionales dotes intelectuales, religiosas, artísticas, o de otro tipo.

La emancipación de la clase obrera y el advenimiento de los movimientos juveniles a comienzos del siglo XX se convierten en terreno fecundo para la aparición de nuevas conceptualizaciones. La doctora Kaplan afirma que: “el término juventud por lo general se refería al hombre joven que disfrutaba de ciertas ventajas intelectuales o económicas y que seguramente podría sacar partido de las conveniencias y los inconvenientes de la virtud” (1986, p. 31). De

esta manera, la juventud y la adolescencia eran un privilegio de clase, o una característica de algunas ocupaciones, el pueblo llano iba de una niñez apresurada a una adultez incipiente. La autora refiere asimismo que las clases desprotegidas, cómo también la mayoría de las mujeres, recibían un trato específico que les inducía a comportarse como niños sumisos, de los cuales se esperaba que ingresaran en forma refleja y sin los beneficios de la transición, a una etapa adulta caracterizada por la obediencia y el cumplimiento del deber. Kaplan nos recuerda que de hecho, la palabra inglesa que significa adolescencia se remonta al siglo XV (1986).

## **1.2. La adolescencia en la historia a partir del medioevo**

El vocablo “adolescencia”, que según el *Dictionnaire étymologique de la langue française*, de Bloch y Wartburg, habría aparecido en la lengua escrita en el siglo XIII (y adolescente un siglo más tarde), brinda una indicación precisa y destaca un aspecto fundamental de la existencia humana. El ser humano, a quien se aplica ese termino, tiene cómo característica esencial la de hallarse creciendo y, por ello, la palabra se ha formado con el participio presente del verbo latino *adolescere* que significa crecer. En eso consistiría precisamente la oposición con el adulto *adultus* voz derivada del participio pasado de ese mismo verbo, que indica que la operación de crecer llegó a su término. A la adolescencia se le situaba en el periodo entre los 14 y 21 años (Leif, 1971, Perinat, 2003). Lo reciente de la aparición de la palabra “adolescente” condiciona la evolución del ser social contenido en cada individuo. Dado que era improbable que los adultos pequeños (púberes), de aquellas épocas, tuvieran tiempo en sus precarias vidas de asumir actitudes adolescentes puesto que eran incorporados a la sociedad laboral con las mismas responsabilidades de los adultos mayores. El niño se encontraba abrumado por una carga de trabajo que sobrepasaba su fuerza infantil, el embrutecimiento consecuente impedía toda manifestación transicional correspondiente a la etapa de la vida por la que transcurría.

El libro de Philippe Aries, *Centuries of childhood* (1960), se ha convertido en el más frecuentemente citado para respaldar la teoría de la invención de la adolescencia. Se le ha utilizado cómo documentación probatoria de que antes del siglo XVII, los adultos no tenían ninguna noción de la primera infancia y de la niñez. Aries sostuvo que la infancia y la adolescencia no existían antes del siglo XV (Kaplan, 1986). La sobrevivencia era la regla. Obtener una persona con la capacidad para trabajar y obtener su sustento era el objetivo de la sociedad y el de las familias. Otras consideraciones formativas tenían que ver con el sector de la sociedad donde había nacido el individuo y la educación correspondiente dirigida a adquirir las habilidades necesarias para las tareas correspondientes a su gremio. La escritora refiere que había una supuesta homogeneización de la infancia-pubertad-adulthood durante la Edad Media, dicha conclusión radica en el hecho de que aún en esa época estaba institucionalizada en el código de hidalguía, por el cual un muchacho podía avanzar de ser paje a los siete años a ser escudero a los catorce y virtuoso caballero a los veintiún años de edad. También se observaban progresiones similares en la iniciación de los novicios en la iglesia y en el pasaje de aprendiz a oficial y luego a maestro artesano en el sistema de gremios (Kaplan, 1986). El niño era encuadrado en un sistema de reglas y niveles subsecuentes que era imposible alterar para beneficio propio, dadas las separaciones existentes entre los diversos oficios que se ejercían, los cuales no solo obedecían a la magistralidad alcanzada en el desempeño del mismo, sino también al hecho de que constituían, por decirlo así, el patrimonio de un grupo humano alcanzado por su práctica y perfeccionamiento a lo largo de varias generaciones de individuos con vínculos familiares.

Perinat (2003), catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona, menciona que en la gran masa del pueblo y entre los siglos XV y XIX, la juventud (adolescencia) es un amplio periodo del ciclo vital que transcurre entre que al niño se le emancipa de la familia donde ha nacido hasta que forma la suya propia. La gran masa de europeos de finales de la Edad Media comenzaba a trabajar de niños, continuaba trabajando de jóvenes y, más adelante, de adultos, en actividades propias de una economía familiar centrada en la tierra. Los niños

pasaban a ser jóvenes (socialmente hablando) cuando salían de la familia. La costumbre era ponerlos a trabajar cómo criados en otra familia. Este trasiego no solo afectaba a los hijos de los campesinos en razón de la necesidad, sino también a los señores y hacendados. Se concebía la servidumbre de los jóvenes cómo una forma de educación, parte del aprendizaje de la vida.

El aprendizaje de las habilidades necesarias para integrarse al sector de la sociedad que correspondía a los jóvenes transcurría en un entorno pragmático que insertaba a los aspirantes en una estructura tradicional en la que aprendían obteniendo el conocimiento de forma directa. El mismo autor refiere que en estas épocas los jóvenes vivían en un estado de semidependencia, laboral y económica. Dependían de sus amos y señores pero gozaban de una cierta autonomía para organizarse colectivamente. Las fiestas que organizaban en aquellos tiempos, no eran, a diferencia de las nuestras, un alto en el trabajo; eran una manifestación más de las solidaridades comunales. Creaban las suyas propias, que rememoraban los mitos paganos del ciclo anual. Se organizaban desfiles, bailes, romerías y carnavales en los solsticios de verano e invierno. En las cuales los jóvenes actuaban colectivamente a través de grupos que llamaron abadías o reinos (una parodia de las instituciones sociales del mismo nombre). Se escenificaban en registro burlesco acontecimientos que había vivido la comunidad. La farsa se convertía en una crítica que irritaba a los personajes aludidos, pero que a la vez, prevenía actuaciones que a los jóvenes, (y al pueblo) se les antojaban abusivas. Estas actividades constituían formas de aliviar y prevenir tensiones sociales, los grupos de jóvenes en aquella época estaban integrados en la comunidad, participaban intensamente en la vida cotidiana de los conciudadanos, contribuían, a través de rituales lúdicos socialmente aprobados, a mantener la consistencia del tejido social (Perinat, 2003).

En una época en donde las esperanzas de vida eran mucho más reducidas que las actuales, no había tiempo para ahondar en las posibilidades de un perfeccionamiento individual con miras a la realización de tareas más complejas que requiriesen un desarrollo intelectual más avanzado, así cómo la adquisición de habilidades mas allá de lo pragmático. Era necesario procurarse la



alimentación al tiempo que se evolucionaba en otros aspectos de la vida. Perinat dice, contundente: “La adolescencia -juventud preindustrial- era una etapa de transición. Aprendían para la vida inmersos en la vida misma” (2003, p. 28). La sociedad occidental carecía de una cultura formativa para el pueblo. Los individuos se preparaban para ejercer diversos oficios aprendiendo lo necesario desde los estratos más bajos de su ocupación. El empleo cómo tal era algo que se ganaba con la experiencia y el sueldo se devengaba según las aptitudes de cada persona.

El mismo autor continúa refiriendo que en los siglos XVII y XVIII los hijos tenían una función predominantemente económica dentro de la familia, en el sentido de que su permanencia en ella quedaba supeditada a continuar la labor de los padres. a cambio de también proveer su subsistencia en la edad avanzada de los mismos. Cómo solo un hijo heredaba (el primogénito), los restantes tenían que buscarse la vida y en ello apenas contaban con la ayuda de los padres, todo dependía de su habilidad o buena suerte (2003). El aprendizaje de un oficio se constituiría en la alternativa más socorrida para la sobrevivencia entre la masa del pueblo, así que entre más pronto se entrara en contacto con las funciones a desempeñar, más posibilidades se tenían de garantizarse un lugar en la sociedad y con ello a las instituciones sociales cómo el matrimonio y algunas otras.

### ***1.3. Revolución industrial: Transformaciones sociales en el ámbito familiar, económico y mental***

La mecanización emergente, proveniente de los adelantos técnicos de la época, irrumpía en los sistemas de producción, que hasta entonces se habían mantenido con ciertos márgenes de crecimiento y desarrollo debido a técnicas más manuales que industrializadas. Los adelantos en la producción y la necesidad creciente de insumos favorecieron la generación de inventos mecánicos que permitieran satisfacer la creciente demanda de productos. Asimismo, la obtención acelerada de mayores cantidades de alimento contribuyó a establecer pautas similares para la creciente producción agraria. Estos cambios generaron un terreno fértil para el desarrollo del capitalismo y la burguesía asociada al mismo.

Así, una nueva clase social aparece: la burguesía. El dinero acumulado por los adinerados nuevos dueños de industrias y granjas dotadas de insumos mecánicos genera un cambio en la habitual distribución del poder. La nueva clase dicta sus reglas y busca adecuar a la sociedad ya a las instituciones a su estilo de vida. De tal forma que se crean también necesidades educativas específicas incapaces de ser satisfechas por las instituciones de enseñanza de la época. Las necesidades educativas de la época conllevan un cambio de estrategia en los métodos pedagógicos implementados hasta entonces. La nueva clase necesita un tipo diferente de preparación para sus hijos, más específica para responder a las tareas propias de la misma. Comienza así la adecuación y con ello la remoción de anticuados métodos de enseñanza que no contemplaban una diferenciación adecuada entre los diversos grupos de edad de los educandos. Los programas educativos infantiles se desarrollan pensando en las características de los infantes y sus capacidades. La familia adquiere cohesión entre sus miembros y una distribución regulada de tareas encaminada al fortalecimiento de la comunión interna y la satisfacción de las necesidades propias de cada individuo (Perinat, 2003).

La doctora Montenegro, catedrática de la Facultad de Psicología de la UNAM, nos refiere que “La revolución industrial contribuyó también a cambiar la mentalidad con respecto al niño, en ese momento la educación más que el trabajo, resultó útil para crear trabajadores expertos” (Montenegro, 2008, p. 129). Nos dice, además, que no sólo se modificó la vida laboral, sino también el ocio personal y la vida familiar cambiaron de tal forma que se redefinieron los motivos habituales por los que se debían tener hijos.

El especialista en psicología evolutiva Adolfo Perinat declara: “hay una conexión profunda entre estos aspectos y una de sus consecuencias en la niñez y en la adolescencia. Es la “idea” de que su preparación para la vida se ha de realizar confinada en el ámbito de la institución escolar” (2003, p. 29). El mismo autor afirma que: “hay una lenta superposición de la economía basada en el trabajo asalariado y la acumulación de capital sobre la tradicional de un trabajo agrícola destinado al consumo inmediato de la comunidad familiar” (2003, p. 31).

Las ciudades y la población crecen, favoreciendo la implantación del capitalismo y la descomposición del orden patriarcal imperante hasta entonces, en el cual el sujeto dependía de las decisiones sobre su futuro implementadas por sus padres.

Estas necesidades sociales obligan al estado a encontrar la manera de garantizar el orden social y buscar un planteamiento adecuado para instruir a los habitantes de los nuevos núcleos urbanos e industriales. La instrucción cívica se acompaña de conocimientos elementales que favorecen el desarrollo de sus tareas en los empleos en los que se desempeñaran posteriormente. Aun en el ámbito agropecuario, los grandes productores agrícolas aceptan los adelantos técnicos para incorporarlos a sus métodos de producción. Los terratenientes en ascenso social y la pequeña nobleza provinciana ya no acogen en régimen familiar a los adolescentes de sus vecinos. Marcan cada vez mayores distancias relegándolos a un mundo aparte. En esta nueva disposición ya no comen en la mesa de los señores y duermen en la cuadra o en espacios destinados a la servidumbre.

Perinat (2003) dice que: “en las filas de la burguesía se gesta una nueva visión de la familia y los hijos. La cual repercute forzosamente en su manera de entender cómo debe ser un adolescente y que tipo de actividades le son propias” (p.32). Las nuevas actividades de la burguesía exigen una preparación más especializada para sus hijos que solo la escuela parece ser estar en condiciones de otorgar. La conformación de nuevos estilos de vida provenientes de esta nueva clase influyente y demandante, hace que la escuela cobre un nuevo protagonismo. El proceso no será inmediato, sin embargo, las posibilidades económicas de estos personajes buscaran optimizar sus rendimientos con una preparación adecuada para sus vástagos.

Este cambio de condiciones para el desarrollo de los individuos, en aparente nimia, hace que las divisiones sociales ahora acrecentadas obliguen a la gente a buscar prepararse de forma más específica dado que las necesidades laborales han cambiado significativamente. Así que los centros educativos cambian por necesidad social. La escuela busca establecer pautas más realistas para las necesidades actuales. En el caso de las grandes masas, la instrucción

básica cumple funciones de regulación social más que de formación de calidad. Sin embargo, para las clases sociales dominantes se convierte en una necesidad de emular de alguna manera, lo que por lo general no obtuvieron por la cuna: cultura y refinamiento. La demanda de instrucción genera una oferta educativa de calidad relativa al costo.

Perinat afirma: “en la reforma como en la contrarreforma (Concilio de Trento),<sup>1</sup> se promueve un cambio de ideas radical en lo que concierne a las relaciones de padres e hijos” (2003, p. 36). Así, el autor refiere cómo en la visión medieval la paternidad se contemplaba como una réplica de la de Dios padre. e preconiza el discurso de teólogos y moralistas, el cual solo habla de los derechos de los padres y de los deberes de los hijos. Sin embargo, una nueva visión de convivencia familiar se advierte, ahora se inculca a los padres que tienen deberes para con sus hijos y una responsabilidad de que estos sigan su vocación al trabajo. El triunfo de los hijos depende en una gran parte de los esfuerzos del padre burgués y el obrero. En el seno institucional se genera una nueva visión de la adolescencia y juventud radicalmente diferente. Es necesario aceptar que la escuela no descubre ni impone una nueva manera de ser adolescente o ser joven, la institución asume y reinterpreta dentro de su universo particular, las representaciones provenientes del imaginario colectivo en las que la niñez y la juventud toman cuerpo en una sociedad en que la burguesía hace cuña, se independiza y solidifica, consolidándose como un estrato entre la nobleza y el mundo de los artesanos y de la plebe (Perinat, 2003).

Aparece el colegio moderno, regido por una autoridad jerárquica y en el se impone un rígido sistema disciplinario. Se mezclan discípulos de diversas edades hasta bien entrado el siglo XVIII, el prototipo del colegial de los siglos XVI Y XVIII es el interno. Esta alternativa permite separar a los educandos del resto del mundo, convirtiéndose en un nuevo estilo educativo.

---

<sup>1</sup> El concilio de Trento tuvo especial importancia en el paso del medioevo a la edad moderna. Fue un concilio ecuménico, es decir, una reunión de las principales cargos de la Iglesia para tratar temas eclesiásticos convocado por el papa y que repercutía en toda la cristiandad.

Dice Perinat, “Es una consecuencia de la ideología (profundamente impregnada de *jansenismo*:<sup>2</sup> Un estado de perversión secuela del pecado original (2003, p. 38). La niñez era considerada prescindible y a los niños no se les daba protección adecuada y atención para su desarrollo intelectual. Se tenían muchos niños esperando la sobrevivencia de algunos. El mismo autor hace hincapié en que según la ideología de la época se promueve su segregación hasta que alcancen la edad suficiente para ser considerados adultos (2003).

En estas disposiciones se observan gran parte de las ideologías imperantes en la época, en las cuales aún no se establecían consideraciones relativas a las necesidades educativas de la edad. Aún se percibía una cierta necesidad de establecer una separación funcional entre los pequeños incapaces de actuar según las reglas adultas. Un estado de exclusión hasta que demostraran su capacidad de comportarse según los imperativos sociales.

Perinat señala como “La nobleza se mantiene ajena a la institución del colegio, persiste en ella el ideal del guerrero medieval, valeroso y diestro en el manejo de las armas. Menospreciando al estudio de las letras” (2003, p.38). En este caso, sus hijos pasaban por el internado y se incorporaban al ejército en plena adolescencia. En los estratos sociales destinados a la nobleza, así como en los de las clases inferiores no hubo un gran cambio en la instrucción que recibían.

Los nobles continuaron con su vocación por las armas y los desposeídos no podían acceder a las instituciones educativas, así que la burguesía era la receptora de las innovaciones planteadas en la instrucción de los adolescentes.

De esta manera, la suerte de la gran masa de familias de estratos inferiores, del campo y la ciudad, apenas varía en estos siglos. Aparecen las escuelas parroquiales en las que se les enseñan rudimentos de lectura, escritura y aritmética. La instrucción sigue siendo deficiente, se les adoctrina en la religión y se inculcan principios morales y de buena conducta social. Siendo el carácter de dicha instrucción transitorio, estos abandonan la escuela apenas sus padres encuentran una colocación para ellos como criados, aprendices o jornaleros

---

<sup>2</sup> *Jansenismo*: Doctrina según la cual el hombre está predestinado a la salvación o a la condenación según la gracia divina.

(Perinat, 2003). A pesar de todo, el cambio de actitud social es evidente, el entendimiento de la importancia de la atención específica de las necesidades de los infantes cómo antesala de su desarrollo adulto se establece paulatinamente. “La significación de todo este proceso es que en primer lugar emerge la representación de la infancia y la niñez, cómo una fase específica de la vida, segregada de la de los adultos” (Perinat, 2003, p. 40).

Las diferencias entre los adultos y los niños estaban encaminadas primordialmente a señalar la infancia cómo una edad improductiva, débil y hasta cierto punto innecesaria. Se pensaba que el hombre no podía llamarse tal hasta que se insertaba en el esquema social y productivo de la época.

#### **1.4. Rousseau. El descubridor de la adolescencia**

A pesar de ciertas creencias, las cuales involucran a J.J. Rousseau cómo el inventor de la *adolescencia*. En realidad es más correcto nombrarle cómo el descubridor de la adolescencia, al ser un precursor señalando el conflicto que se establece en el niño al trascender hacía la edad adulta. Este menciona las características del cambio que se establece en la responsabilidad del individuo al incorporarse a la sociedad de forma activa y comprometida, así cómo ciertos planteamientos pedagógicos que permanecen vigentes hasta nuestros días y que en su momento constituyeron una verdadera revolución educativa.

Es en este sentido que Rousseau menciona que durante la adolescencia se transforma el amor a si mismo en amor hacia los demás. Una relación mas consciente con el mundo que le rodea y con las personas que interactúan en su cotidianeidad, permite al individuo en formación transformar el núcleo de sus afectos infantiles. Dirigido en principio hacia los progenitores, se convierte en un sentimiento expansivo que traslada dichos afectos hacia otras personas ajenas a la familia. Así, la necesidad de ser más independiente dentro de la sociedad a la cual pertenece, le obliga a implementar una serie de conductas novedosas. Las relaciones con sus contemporáneos adquieren cierta importancia a la cual no esta habituado. Esta expansión de sus afectos le involucra asimismo en una dinámica

social diferente a la acostumbrada, en la que no están incluidos sus padres u otros miembros de su familia.

Louise Kaplan refiere que de acuerdo con los atributos que le confiere Rousseau, “la imagen de la adolescencia entraña revolución, idealismo social y moral, romanticismo, naturalidad, nobleza, salvajismo, pasión (1986, p. 45). Rosseau afirma que sólo él, entre todos los filósofos de la ilustración, comprendió que las facultades que diferencian a los seres humanos de las bestias son la imaginación y el anhelo de superación propia o de perfectibilidad. En esta, una época especial para el desarrollo de las ciencias y las artes, Rousseau escribió sus obras. Mientras tanto, la Europa antigua se agitaba tratando de establecer nuevas pautas de civilización, buscando la explicación requerida para entender el objetivo de la organización de la naturaleza y la participación del hombre en la estructura de la misma. Se trataba de una incipiente revolución intelectual

La misma autora menciona que el libro escrito por Rousseau, *Emilio* (1762), es una novela alegórica dividida en cinco libros y estructurada según varias facetas temáticas. Estos textos corresponden a los primeros cinco libros de *La República*.<sup>3</sup> Kaplan nos dice: “las teorías de Rousseau sobre la naturaleza y la crianza, al tiempo que rinden tributo a esa obra clásica, constituyen una réplica a las injusticias sociales y morales de las doctrinas de Platón” (1986, p. 54).

En ellas, Emilio, la persona, es comparado a la ciudad ideal descrita en *La República*, se pretende la constitución de un ideal de la perfección posible pero inalcanzable en el ser humano y conceptualizar el estudio del hombre, un ser sujeto a un proceso de desarrollo. Rousseau proclamaba la importancia central de la historia en la comprensión de la especie, la sociedad y el individuo (Kaplan, 1986).

Este requerimiento de perfectibilidad constituye el eje de la obra de Rosseau. El idealismo en la búsqueda de la asunción de una conciencia histórica, así cómo la necesidad de entender el papel del ser humano en el devenir de su época se entienden cómo motivantes primordiales de dicha indagación. El estudio

---

<sup>3</sup> Platón se propuso en *La República* el estudio de lo justo y lo injusto. Su objeto es demostrar la necesidad moral, así para el estado cómo para el individuo, de regir toda su conducta según la justicia, esto es, según la virtud, según la idea del bien.

de las necesidades educativas y el desarrollo de una conciencia moral formativa se perfilan en sus escritos cómo la vía para establecer las pautas de un ser humano equilibrado.

No habiendo mi Emilio contemplado hasta ahora más que a sí propio, la primer mirada que pone en sus semejantes, le incita a compararse con ellos, y es el primer afecto que excita en él esta comparación, es anhelar el primer puesto. Éste es el punto en que se convierte al amor de sí en amor propio, y empiezan a brotar todas las pasiones que con éste tienen conexión. Mas para resolver si entre estas pasiones las que en su carácter hayan de dominar han de ser blandas y humanas, o crueles y dañadoras; si han de ser de benevolencia y conmiseración, o de codicia y envidia, es necesario saber en que sitio se reconocerá entre los hombres, y que género de estorbos creará necesita remover para colocarse en el lugar que pretende ocupar. No tanto la fuerza de los brazos como la moderación de los ánimos es la que hace a los hombres independientes y libres (Rousseau, 1976, pp. 172-73).

El carácter innovador de las propuestas de Rousseau provocó un cambio radical en las costumbres de la sociedad europea de su época. Se pusieron de moda la inspiración y el sentimiento y el gusto por la naturaleza intocada. El mito del “buen salvaje” cobró vigencia y asimismo el ejercicio de la razón cómo fin ulterior y la observación de las leyes de la naturaleza cómo modelo de vida. Rousseau dice, en su texto *Emilio*, que el intervalo más peligroso de la vida humana es desde el nacimiento hasta la edad de doce años que es el momento en el cual brotan los errores y los vicios, sin que haya todavía instrumento ninguno para destruirlos, y cuando viene el instrumento son tan hondas las raíces que ya no es tiempo de arrancarlas (1976).

Se advierte en los escritos de Rousseau una descripción inédita sobre los pormenores caracterológicos de la adolescencia. Hasta entonces, cómo ya se ha mencionado anteriormente, la sociedad occidental transitaba de la infancia a la adultez sin mayores ambages. Estas primeras aseveraciones sobre una edad posterior a la niñez y previa a la adultez afirman la existencia de un estado de carácter moral específico en el cual hay una necesidad formativa en ámbitos diferentes a los que proponen el desarrollo de habilidades con tendencias laborales.



Rousseau afirma que “con la edad de la razón empieza la servidumbre civil” (1976, p. 45). Hace, así, hincapié en la asunción de responsabilidades característica de la edad adulta e introduce la noción de que hay una edad óptima para que el individuo adquiera una conciencia de los requerimientos y responsabilidades que le son necesarios para desenvolverse cómo adulto. Al establecer dichas diferencias confiere al periodo previo a la madurez una importancia nunca antes advertida. Se establecen interrogantes que conforman el principio de una pedagogía afincada en realidades y no en supuestos. La educación de *Emilio* se convierte en una muestra de métodos educativos tendientes a mejorar la adaptación social del individuo, así cómo a hacer énfasis en las necesidades educativas diferenciadas que corresponden a cada edad del desarrollo humano antes de llegar a la adultez.

Kant, al respecto de *Emilio* y el contrato social, describe que el filósofo intenta resolver un problema más difícil todavía, el de saber cómo debe progresar la civilización para desarrollar las disposiciones de la humanidad cómo especie moral, de conformidad con su destino, de tal modo que la una deje de oponerse a la otra concebida cómo especie natural. De esta contradicción (dado que la cultura, según los verdaderos principios de la educación del hombre, al mismo tiempo que del ciudadano, no se halla todavía bien emprendida, ni con mayor razón, bien completada) nacen los males que pesan sobre la existencia humana y todos los vicios que la deshonran (1973). De esta manera, Kant enaltece el discurso del filósofo al subrayar la importancia de la especificación moral en el desarrollo del individuo. La implementación de requerimientos morales formativos no necesariamente relacionados con el ámbito religioso, parece sentar bases estructurales para ejercer un interés metodológico inédito en el aspecto constructivo de ciertas tendencias educativas inadecuadas. Las pautas para establecer reglas buscaran basarse en aspectos obtenidos mediante la observación de esquemas comunes humanos más que en anquilosados manuales de buenas costumbres. Es decir, comienza a implementarse un acercamiento más científico al desarrollo humano y las formas de influir de forma positiva en el

mismo. Históricamente, se trata de la transición de un sistema educativo elemental a uno más complejo.

Leif y Delay mencionan que: “el sino del cambio parece dominar el desarrollo de la adolescencia, los cambios que trastornan la economía general de los intercambios internos exigen una reestructuración del yo y genera modos nuevos y diferentes de estar en el mundo” (1971, p. 26). Conceptuar a la adolescencia requerirá una metodología basada en la observación y el establecimiento de pautas de carácter común a la especie humana. El planteamiento moral de Rousseau contribuye a afincar bases estructurales para la construcción de una disciplina basada en las ciencias del aprendizaje.

Para Blos, “La adolescencia proporciona la posibilidad de seleccionar lo que habrá de continuar y lo que permanecerá en el pasado. Desde un punto de vista psicológico, la adolescencia es el segundo nacimiento” (1971, p. 85). La propuesta que proponen Rousseau y Hall, en la cual se dan las soluciones renovadoras que representan nuestros impulsos hacia la perfectibilidad humana, se esgrime como una segunda oportunidad para enmendar los errores del pasado y encontrar una definición plausible para los cambios advertidos en la pubertad, mismos que influyen en una caracterología mutable. Esa volubilidad tan característica de los adolescentes, además de su permeabilidad hacia las modificaciones conductuales, se constituye en el rasgo más destacado de los planteamientos introductorios que conformaran la psicología de la adolescencia de Rousseau. Asimismo, el filósofo pugna por la comprensión de las alteraciones observadas en su investigación. En este caso, *Emilio* (1762), busca afincar su aceptación entre la sociedad apelando a los ideales románticos vigentes en la época.

Rousseau menciona que, durante la adolescencia, se transforma el amor a sí mismo en amor hacia los demás. Una relación más consciente con el mundo que le rodea y con las personas que interactúan en su cotidianidad, permite al individuo en formación transformar el núcleo de sus afectos infantiles. Dirigido en principio hacia los progenitores, se convierte en un sentimiento expansivo que traslada dichos afectos hacia otras personas ajenas a la familia.

## 1.5. La adolescencia después de la revolución francesa y la industrial

Perinat continúa con la descripción del papel de los adolescentes en la historia moderna refiriendo que la revolución francesa marca el fin del *ancien régime*. El siglo XIX se nos presenta así como el escenario de una lenta pero irresistible mutación económico-social (la industrialización) que va a repercutir decisivamente en la familia y, subsiguientemente en sus hijos adolescentes, provocando la lenta disolución del régimen patriarcal familiar (2003). Los cambios inherentes al descubrimiento e implementación de novedosos métodos de producción masiva alcanzan a la tradicional estructura familiar que ha conservado una estructura agraria y artesanal a lo largo de la historia. Esto cambia las reglas en cuanto a las necesidades sociales. Una nueva dinámica comienza a establecerse: si se quiere sobrevivir, se deben aprender conocimientos específicos que no se otorgan de forma tácita de acuerdo al origen o al gremio de pertenencia de la persona. Dice Perinat:

Los hijos ya no nacen con “un pan bajo el brazo sino con un ‘porvenir’”, la herencia de la familia patriarcal se anticipa a la manera de inversión: a los hijos, (no tanto a las hijas), a los cuales se les dará una habilitación en forma de estudios y carreras. Está es una paulatina transformación que inician las clases favorecidas y, que solo ya bien entrado el siglo XX se hará extensible a los hijos o nietos de los proletarios de la industrialización (2003, p. 41).

Es en las necesidades emergentes de la naciente burguesía donde se favorece el trabajo de innovadores como Rousseau, los cuales plantean una evolución en la enseñanza sobre todo en cuanto a la metodología. Esto habrá de adecuarse a las necesidades derivadas de la modernidad y la industrialización nacientes. El método desarrollado para satisfacer necesidades de las nuevas clases dominantes finalmente se extenderá a las clases trabajadoras.

El empleo sufre modificaciones, la fábrica se convierte en la generadora de puestos laborales más eficaz, ello, implica la concentración de obreros. En el segundo cuarto del siglo empieza la migración masiva hacia los complejos industriales que circundan las ciudades, las revoluciones y movimientos de protesta de la primera mitad del siglo XIX son el efecto de la tremenda desazón

(incertidumbre y desesperanza) que invadió a los que vivían del trabajo manual artesanal. Inquietos ante las transformaciones inherentes a la modernización industrial (Perinat, 2003). Estos cambios irrumpirán conmocionando siglos de costumbres mediante la implementación de estilos de vida sin precedentes. El hecho de adaptarse a un entorno diferente, lejos del contacto con la naturaleza, habitual hasta entonces, producirá conflictos existenciales adaptativos. La modificación se extenderá a las necesidades laborales, donde una mejor preparación puede garantizar una inclusión favorable en las nuevas dinámicas de trabajo. Los métodos de enseñanza, así como los fines ulteriores de la capacitación, se reflejarán en los cambios sociales que se vislumbran.

En este proceso se desarrolló el marco socioeconómico en el que habrá de ubicarse la adolescencia-juventud de una gran masa de europeos a lo largo del siglo XIX. La implementación de nuevos centros de trabajo conllevó la creación de las primeras fábricas. Estos recintos funcionaban en regímenes de reclusión. Allí eran materialmente encerrados los huérfanos, los aprendices recogidos en las parroquias y obligados a trabajar al lado de vagabundos, trabajadores temporeros, delincuentes y mujeres sin familia. De esta forma, la adhesión a las nuevas costumbres laborales se torna impositiva. En régimen de castigo comienzan a introducirse los cambios necesarios para adecuar a las grandes masas de trabajadores a las demandas de la industrialización. La fábrica se torna el ideal laboral. La seguridad económica que entraña la percepción de un salario comienza a mostrar sus ventajas a la clase trabajadora. Las nuevas dinámicas sociales que implican una percepción regular permiten a los trabajadores aspirar a beneficios tales como la posibilidad de recibir una compensación específica de acuerdo con su capacidad laboral.

Una ley de 1841, prohíbe en Francia que los jóvenes menores de dieciséis años trabajen los domingos, ni más de doce horas diarias. En 1895 se prohíbe contratar en las fábricas a menores de trece años. Esta era, aproximadamente, la edad en que tradicionalmente chicos y chicas entraban a trabajar como asalariados, coincidente con el rito de paso de su primera comunión (Perinat, 2003). Antes de las regulaciones relativas a la edad óptima para desempeñar un

trabajo fabril se permitía trabajar prácticamente a todo aquel que aceptase hacerlo. La necesidad de mano de obra crecía en forma constante, así que aún el trabajo de los niños era aceptado por los empleadores a pesar de las deficiencias en la capacidad laboral. La resistencia de los infantes tampoco era mucha y su deceso era común asociado a la sobreexplotación.

Perinat refiere que estas medidas contribuyen a perfilar a lo largo del siglo una categoría de trabajadores más jóvenes (de los doce a los dieciséis o de los trece a los dieciocho años) que corresponden a la adolescencia. Muchos adolescentes se iniciaban en el trabajo de la mano de sus padres, también obreros. Esa era la herencia que podían dejarles sus progenitores (2003). Asegurar la manutención siempre ha sido una prioridad. A pesar de los cambios en las formas de vida de los trabajadores prevalece la tendencia a considerar un empleo determinado como un oficio, a procurar que los descendientes de los empleados puedan trabajar en algo conocido y aprobado por sus progenitores. El hombre continúa ejerciendo su condición gremial a pesar de la modificación sustancial de los esquemas laborales tradicionales, esta variación sustancial se constituye como un cambio histórico en las dinámicas laborales imperantes hasta ese momento.

Los jóvenes se veían a la vez protegidos y dirigidos, apoyados y gobernados por esa realidad ambivalente que es la familia. La cual, inmersa en una serie de obligaciones encontradas, se esforzaba por optimizar sus recursos y decidía muchas cosas: la formación, el empleo, la colocación, los desplazamientos, el uso del salario, la marcha y la formación de nuevas parejas (Pierrot, 1996). Los beneficios de la preparación escolar que les permitiese decidir de manera autónoma su futuro aun no están presentes. Si los futuros adultos quieren garantizar su sustento y la oportunidad de formar una familia deben sujetarse a los condicionamientos familiares imperantes. La dependencia de los padres para organizar su vida condiciona también el crecimiento moral que implica la independencia y la asunción de responsabilidades. De alguna manera, la moratoria que implica dicha sujeción, aunada a la imposibilidad de laborar si se esta recibiendo educación, favorece la aparición de los caracteres propios de la

adolescencia antes ignorados por la responsabilidad adquirida al ocuparse de un puesto de trabajo.

Perinat agrega que es en el último tercio del siglo XIX cuando cristaliza en la Europa de la burguesía la representación actual del adolescente. La escolarización generalizada es también la causa de que se acentúe la dependencia. Es necesario dedicar tiempo a los estudios, por lo tanto, la capacidad de valerse por si mismos sufre una demora antes impensable. La escuela cultiva esta situación en la forma en que ejerce su propio funcionamiento y la proyecta en la familia al obligarla a organizarse en torno a la actividad escolar de los hijos. En este sentido, se hace plausible la afirmación de que la adolescencia es un producto de la escolarización (2003).

Se homogeneiza en los miembros de la burguesía, la necesidad de preparar a sus descendientes en un entorno que favorezca la cohesión social de una clase que va extendiendo su poder rápidamente. La influencia de los cambios sociales y culturales de la época se advierte en la forma cómo se va implementando la nueva educación. El diseño de los objetivos de la misma se amplifica dotando de una preparación cultural sin precedentes a los alumnos y sobretodo impulsando el aprendizaje en un ámbito social y no en un ambiente cerrado de preceptores individuales cómo era la costumbre habitual. Así, el auge de las instituciones escolares comienza, poco a poco serán incorporadas cómo parte de la formación esencial de los individuos que han nacido dentro del reciente capitalismo. La familia organiza su estructura en torno a la preparación de los infantes para la adultez. Se busca dotar al individuo de una preparación común que le permita desempeñar trabajos que requieren habilidades básicas de cálculo y comprensión de instrucciones, la capacidad de integración social también busca favorecer el desarrollo de aptitudes para el trabajo en equipo. El ámbito escolar favorece la socialización infantil cómo antecedente de la integración fabril.

Asimismo, dentro de los cambios provenientes se observan la aparición del romanticismo, los nacionalismos exacerbados y los conservadurismos recalitrantes. Perinat relata que los adelantos científicos en medicina e higiene, así cómo la naciente psicología, son los hilos de una trama sobre la que se teje la

educación – familiar y escolar- que reciben los niños de las buenas familias a finales del siglo XIX. Hay muchas preguntas que deben contestarse para determinar el panorama de la institución escolar decimonónica, la forma cómo pudo contribuir a configurar la personalidad de los adolescentes. Porque la adolescencia es más que un estrato de edad: es una manera de ser y de estar en la sociedad. ¿En que medida las condiciones que se le atribuyen son fruto de la educación? ¿Cómo el mundo emocional y la pubertad eran vividos dentro de un régimen de disciplina y encierro? ¿Cómo influía la disrupción de los lazos familiares y el alejamiento de los paisajes de infancia en las personas de los educandos? (2003). El autor plantea una serie de interrogantes a responder desde la perspectiva histórica, que abren una puerta al descubrimiento de la adolescencia asociadas a la implementación de una educación regulada en un periodo específico del desarrollo humano. Se observan con mayor detenimiento las necesidades de los individuos que transcurren por esta etapa de la vida con el fin de establecer pautas educativas acordes a los requerimientos de las cambiantes instituciones sociales.

El colegio internado participa cómo institución totalitaria, se crea un lugar de residencia y trabajo donde un cierto número de personas segregadas del mundo exterior, llevan en conjunto una vida reclusa cuyas pautas están reguladas. El auge de este tipo de instituciones, aunado a los cambios sociales de la era industrial, promueve un tipo de educación que era pensada también cómo un regulador de impulsos juveniles. Adecuando a los futuros dirigentes a los requerimientos de un sistema capitalista que comenzaba a metodizar las necesidades de organización que le caracterizarían en su futuro desarrollo. La burguesía encontró en estos espacios, el lugar ideal para entregar a sus hijos a un régimen que iba de acuerdo con lo que se esperaba de ellos.

La institución totalitaria ahoga todo germen de individualismo, impone un humillante trato uniformizado y remodela la personalidad de los internos que han de adaptarse a las dificultades del entorno social. “El fomento de la personalidad autónoma no era un objetivo a alcanzar sino a combatir, aún a costa de eliminar a quienes se negarán a dejarse cortar por el único patrón posible” (Perinat, 2003, p.

50). En el naciente esquema empresarial de la burguesía las diferencias no eran bien aceptadas. La empresa extendía sus requerimientos al ámbito familiar. Los alumnos encontrarían en el internado un espacio donde sus aspiraciones eran encauzadas y toda intención de cambiar el esquema no era bienvenida por un sistema escolar riguroso. La adolescencia era algo a doblegar, a vencer mediante la imposición de reglas satisfactorias para la sociedad.

Gillis, historiador emérito de la Rutgers University, nos dice que lo que eran normas de una clase social concreta, producto de una evolución histórica, fueron asumidas y propagadas por la literatura médica y psicológica como el atributo natural de la adolescencia. Está transmutación, por imperativo social, de valores sociales en leyes naturales, era una secuela de la nueva visión materialista de las clases medias en la segunda mitad del siglo XIX. El conformismo, el privarse de satisfacciones, la dependencia –todos ellos elementos funcionales de un tipo de educación particular de una clase social- se convirtieron así en las pautas reconocidamente positivas de la conducta humana (1981). La sumisión adolescente fue uno de los primeros determinantes a lograr por los nuevos educadores pues se entendía a la adolescencia con base en la necesidad de otorgar atención educativa especial a estos potenciales agitadores. Mantenerlos ocupados, cansados, obedientes, era lo adecuado para los planes que determinaba para ellos su familia, aunque la educación ya no era llevada a cabo en el ámbito familiar esta procuraba aprobar sus progresos escolares con base en su comportamiento personal.

El siglo XIX fue profundamente contradictorio. Al lado de la explotación humana que implantó la revolución industrial, surgió en el seno de un estrato intelectual (universitarios, eclesiásticos, docentes) un vasto movimiento en pro de las clases más necesitadas (Perinat, 2003). Este esfuerzo por parte de los intelectuales es por sí mismo un cambio paradigmático, dado que en épocas anteriores los esfuerzos en pro de las clases más desprotegidas habían sido escasos. Cierta cambio de conciencia se advierte en algunas de las personas dedicadas al estudio de diversas ramas del saber humano y es gracias a dichos esfuerzos que es posible pensar en la educación gratuita para el pueblo. La



escuela pública comienza a representar una oportunidad de cambio y la posibilidad de alcanzar mejores condiciones de vida para las clases tradicionalmente desprotegidas.

La sociedad reclama que la escuela es instrucción y preparación para la vida.. Asimismo, determina el control de sus jóvenes de una manera sistemática, pues el aumento de las concentraciones urbanas genera la necesidad de contener a la población civil. Los cambios en el ambiente donde se desenvuelven cotidianamente, así cómo el tener que convivir con mucha gente en un entorno reducido favorece el descontento. La escuela se convierte en una institución preponderante en el estudio de las normas cívicas y la observancia de las mismas. Los educandos aprenden progresivamente a “comportarse” de la forma que se requiere gracias a la instrucción recibida durante los años escolares, el papel del estado ya no se restringe a la autoridad civil, sino que limita a las familias en el poder de determinar la instrucción de sus hijos en el seno de las mismas cómo era común hasta entonces. La escuela es una obligación social. Poco a poco, con el advenimiento de los cambios en el siglo XX se extenderá dicha convicción.

## **1.6. Adolescencia en la historia de la psicología**

En la búsqueda del entendimiento de la estructura de la psique, la psicología reencontró el periodo adolescente y no tardó en darse cuenta de su importancia en el desarrollo de la mente humana, así cómo de los patrones de comportamiento que aparecen en esta edad y que posteriormente determinan la personalidad de los individuos. La adolescencia comenzó a adquirir una relevancia sin precedentes al descubrirse la importancia de este período del desarrollo para el estudio de la personalidad en el ámbito de la naciente psicología. Numerosas interrogantes se planteaban en el incipiente estudio de la mente y conducta humanas. Algunos de ellos se relacionaban con la adquisición de los caracteres inherentes a la personalidad y las psicopatologías asociadas a conflictos en el curso de la maduración del individuo.

Como señala Z. Monroy, “Responder a la pregunta sobre el objeto de estudio de la psicología científica contemporánea no es una tarea sencilla” (2005,

p. 39). Desde la aparición de la psicología se ha procurado comprender la relación entre las diversas etapas de la vida y el consecuente impacto del tiempo sobre la conducta humana. La relación entre conducta y conciencia fue evaluada en un comienzo con respecto a la influencia del medio y de las consideraciones culturales correspondientes a cada edad por la que transcurre el individuo. La comprensión de la conducta infantil y adolescente motivo indagaciones por parte de los iniciadores del estudio de la psicología como ciencia. La doctora Zuraya Monroy, investigadora de la Facultad de Psicología de la UNAM, nos recuerda que: “En 1862, Wundt impartió un curso llamado *la psicología desde el punto de vista de las ciencias naturales*. También, en 1874 publicó su libro *Elementos de Psicología Fisiológica* y en 1879 realizó el acto fundacional, la inauguración del primer laboratorio de psicología experimental” (Monroy, 2005, p. 43).

Louise Kaplan refiere que “la noción de adolescencia en la psicología aparece a principios del siglo XX como parte del incipiente desarrollo de la psicología en norteamérica gracias a las aportaciones de Ribot, Wundt y W. James” (1986, p. 44). William James refiere que la “primera clase de psicología a la que asistió” fue la que el impartió (Erikson, 1950). Así que el iniciador de la psicología norteamericana también se preocupó de la adolescencia, y, cómo lo veremos más adelante en este trabajo, de la identidad también.

Dentro de este complejo panorama de la naciente psicología surgen aportaciones en las cuales se destacan las que lleva a cabo a principios del siglo XX, el psicólogo norteamericano G. Stanley Hall, nacido en Massachussets e iniciador de la *psicología genética*, el cual redescubrió la adolescencia y encontró en ella las mismas tensiones sexuales y morales que descubriera Rousseau ciento cincuenta años antes (Kaplan, 1986).

La observación detallada por parte de la naciente psicología de las diferentes etapas en el desarrollo humano, permitió establecer patrones más diferenciados entre las diversas características que muestran los individuos que transcurren por los primeros años de la existencia humana. El estudio se dirigió primordialmente a la niñez, sin embargo, autores como Hall advirtieron la importancia de la etapa previa al ingreso a la adultez. El concepto de que “la

adolescencia es un segundo nacimiento” fue expuesto por primera vez ante el público norteamericano a principios del presente siglo, en el libro *Adolescence, Its Psychology and its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education* (ibid., 1986, p. 59).

La aparición del concepto que relacionaba a la adolescencia con un segundo nacimiento, se refería al paso a la adultez, conservando la noción de cierta inutilidad asociada al periodo infantil. Así, la adolescencia se constituye en el tránsito hacia el tan ansiado status de adulto que otorgaba un carácter de persona con más derechos sociales que los infantes al ingresar al ámbito productivo. Había también un propósito romántico en sus ideas, para Rousseau la adolescencia y su reconocimiento representaban la oportunidad de consagrar una etapa del desarrollo a la adquisición de valores morales que coadyuvaran al establecimiento de una ética propicia para el desarrollo del ser humano.

Para Hall al igual que para Rousseau, la adolescencia debía ser el punto de partida de una etapa más elevada de la humanidad. Tanto Rousseau como Hall proclaman a la adolescencia como el “segundo nacimiento”. Asimismo, ambos buscan la conciliación de la sexualidad con una forma de vida elevada y ética. Ambos autores apreciaban la importancia de la fase adolescente en el desarrollo del individuo (Kaplan, 1986). El romanticismo inherente a las afirmaciones de Hall y Rousseau se basaba más en una cierta analogía establecida en relación al primitivismo asociado a la infancia. Es decir, la humanidad había transcurrido hasta entonces por una etapa inmadura. Por lo tanto, Rousseau llamaba a establecer un cambio romántico que permitiese al hombre entender su mundo desde una perspectiva más objetiva que idealista, la observación de valores morales reales, sólidos y constructivos era el ideal a conseguir. El adolescente, con su característica permeabilidad hacia todo lo nuevo, se perfilaba como el perfecto modelo a transformar dada la vulnerabilidad a la que lo exponía su personalidad maleable.

Kaplan puntualiza con respecto a que “la visión de Hall era una expresión de biología evolucionada mezclada con puritanismo. Y su interpretación de Darwin estaba fuertemente influida por las teorías recapitulacionistas de la evolución, por

entonces en boga en Europa y América” (1986, p. 67). Hall como Rousseau, a pesar del enfoque objetivo con el que desarrollaban sus teorías sobre la adolescencia, enmarcaban sus propuestas en la búsqueda de una moral preestablecida con tintes idealistas. El desarrollo posterior de la psicología demostraría la validez parcial de sus enfoques, al encontrar variables que no podrían ser incluidas en el establecimiento de una conducta moral específica. Dichas variables constituyen el primer paso para la definición de una psicopatología del adolescente.

En 1904, Stanley Hall publica su libro *Adolescencia*. Su obra tuvo una repercusión considerable, sentando las bases para el abordaje metodológico del estudio de la adolescencia a través de planteamientos estadísticos por medio de cuestionarios, aportación novedosa para la obtención de datos. La aportación de Hall al estudio de la psicología consiste en el lugar que concedió al desarrollo del ser. Al descubrir pautas específicas para definir la psicología del desarrollo humano, Hall buscaba establecer lineamientos sólidos para la misma. Al hablar del desarrollo del ser, que era lo que indagaba el norteamericano, es posible mencionar la búsqueda de un concepto para definir el momento específico en la vida del ser humano en el cual este encuentra necesario diferenciarse de los demás. La adolescencia se refiere al proceso de cambio de identidad infantil a una identidad adulta, una transformación necesaria para adecuarse a las dificultades que trae consigo el advenimiento del final de la niñez.

Debesse, eminente psicopedagogo francés, refiere que: “la psicología de Hall puede ser caracterizada diciendo que su estudio de la adolescencia es esencialmente fisiológico, genético, dramático y estadístico” (1973, p. 23). El enfoque psicoanalítico de Hall justifica los primeros tres abordajes propuestos por Debesse, dado que dichas características pertenecen al enfoque psicoanalítico. La restante, que tiene que ver con la estadística, se refiere a la utilización de herramientas de investigación innovadoras antes mencionadas (cuestionarios), que constituyen otra aportación paralela del científico norteamericano.

La propuesta planteada por Debesse estipula que a partir de la *Ley de Recapitulación de Haeckel*, hay una analogía entre el desarrollo personal de cada

individuo y la evolución de la especie humana. Esto lo retoma Blois según Debesse, afirmando que a cada estadio de la especie corresponde una etapa del desarrollo humano. Lo cual se reproduce en las características del comportamiento de los individuos. Es decir, va de la ontógenesia a la filógenesia. Así, distingue cuatro etapas:

1. La *infancia*, de 0 a 4 años, representa la etapa animaloide de la especie. El gateo a cuatro patas lo significa. Predominan las conductas sensoriales y los instintos de autopreservación.
2. La *niñez*, de 4 a 8 años, es la etapa de la caza y de la pesca. A través de los juegos se representa la era de las cavernas.
3. La *juventud*, de 8 a 12 años, se recapitula la era del salvajismo.
4. La *adolescencia*, a partir de 12 años, representa un segundo nacimiento, el estado civilizado mediante el ajuste a las reglas sociales imperantes (Debesse, 1973).

Esta visión del desarrollo adolescente propuesta por Stanley Hall influyó notoriamente en los posteriores estudios sobre el tema. Diversos autores, (como Erikson) se adhirieron a su particular evaluación del período adolescente. En especial a lo referente a la representación de la adolescencia cómo un segundo nacimiento.

Siguiendo la pauta de su padre, Anna Freud insiste en la intensidad de la conflictividad adolescente y describe los mecanismos de defensa que los adolescentes utilizan para superar estos conflictos. Considera, sin embargo, que la mayor parte de las perturbaciones se superan con la edad. En 1937, la autora publica su libro: *El Yo y los mecanismos de defensa*, en el cual dice: “Los adolescentes son por demás egoístas, se consideran el centro del universo y único objeto de interés” enfatizando los sentimientos narcisistas adolescentes, así cómo una época de la vida en que se revela tanta capacidad de abnegación y sacrificio. También inician las más apasionadas historias de amor para interrumpirlas con la misma brusquedad con que las comenzaron. Participan con entusiasmo en la vida social y, por otra parte, se sienten invenciblemente atraídos por la soledad. Así, los adultos en ciernes oscilan entre una ciega sumisión al líder elegido por ellos y una obstinada rebeldía contra toda autoridad. Desarrollan sentimientos egoístas, materialistas, se vuelven obstinados, pero son capaces de

alentar grandes ideales. Se convierten en ascetas que súbitamente se hunden en los placeres instintivos de la más primitiva naturaleza. Es necesario aceptar que su conducta suele ser brusca. Su estado de ánimo fluctúa entre el optimismo más infundado y el más profundo pesimismo, así como en ciertas ocasiones trabajan con infatigable entusiasmo y en otras son perezosos y apáticos” (A. Freud, 1961).

Esta descripción detallada de la volubilidad del carácter adolescente se puede tomar como un antecedente de lo que después será observado con detenimiento en la construcción de una psicología de la adolescencia. Ese crisol de sentimientos y actitudes, atinadamente descrito por A. Freud muestra la característica principal de los adolescentes: ese continuo trajinar entre las emociones, esa búsqueda constante de significados, así como la sorpresa auténtica con la que perciben cada nueva experiencia que les proporciona el mundo que les rodea.

Anna Freud menciona que: “el enfoque psicoanalítico de la adolescencia adopta, como punto de partida, el brote de pulsiones que se dice, tiene lugar como resultado de la pubertad” (1961, p. 19). La autora extiende el concepto adoptado para afirmar que este aumento de la vida pulsional altera el equilibrio psíquico alcanzado a finales de la infancia, ocasionando una conmoción emocional interna y dando lugar a una vulnerabilidad de la personalidad, muy incrementada.

De esta manera, se comienza a elaborar una teoría a partir de los cambios fisiológicos registrados en la adolescencia que se acompañan con alteraciones caracterológicas fácilmente observables, las cuales promueven el registro de dichas variaciones conductuales, provocadas por la aparición de necesidades sexuales inexistentes con anterioridad. La modificación del equilibrio psíquico del niño al llegar a la pubertad, ocasiona una serie de cambios adaptativos que tornan conflictiva su relación con el medio que le rodea. La misma autora remarca que es muy difícil señalar el límite entre lo normal y lo patológico en la adolescencia, y considera en realidad a todo este período de la vida como normal, señalando además que sería anormal la presencia de un equilibrio estable durante el proceso adolescente (1961). Asimismo, propone un estudio analítico de los problemas inherentes a la adolescencia, buscando discriminar entre las alteraciones producto

de los cambios hormonales y aquellas posibles patologías mentales que pudieran afectar al individuo que transcurre por dicha edad. El equilibrio emocional se plantea cómo un proceso que se altera de forma natural al llegar a la adolescencia. Aquellos principios de inestabilidad emocional descritos por Rousseau aparecen de nuevo en el enfoque del psicoanálisis.

Con este libro, Anna Freud da principio al enfoque psicoanalítico en la psicología de la adolescencia, aplicado a las psicopatologías características de la edad adolescente y menciona que: “Cuando la organización del Yo ha llegado a una cierta etapa, cuando el Yo ha tomado adecuada posición en su pugna con el Ello, el primer período infantil toca a su fin” (1961, p. 158). De esta manera, el aumento del sentimiento de autonomía en el individuo indica que: El Yo decide la cantidad de satisfacción y de renunciamiento del instinto, actitud que él mantendrá en la solución de todos los conflictos” (A. Freud, 1961, p.159).

El planteamiento psicoanalítico intenta explicar, mediante su particular lenguaje, la dinámica de la caracterología adolescente conformando la primera aproximación objetiva al estudio de esta etapa del desarrollo en el ámbito psicológico. La intención es encontrar las etapas del proceso biológico que desatan los cambios que ocurren en la adolescencia. El análisis de los cambios que sufren los intereses del individuo y cómo estos promueven un desarrollo de su capacidad de adaptación tiene un enfoque primordial en sus investigaciones. De acuerdo con Arévalo (1941), lo primero que se presenta al reflexionar sobre la adolescencia es el carácter eruptivo de esta edad, sus profundas alternativas, la desolación de los adolescentes, su aislamiento, sus reservas despectivas, sus ásperas protestas, sus lágrimas, su ahogante angustia. En este período el sujeto concibe y pública una primera valoración del mundo. Es un nuevo nacimiento que afecta a lo corporal en medida tan grande cómo a lo espiritual.

En las aseveraciones de este autor es posible observar una influencia de la escuela de Stanley Hall y su teoría de la recapitulación. De nuevo se refiere al “segundo nacimiento” planteado con anterioridad, la referencia a la alteración emocional característica de este período nos conduce a los mismos tópicos observados por Rousseau. La renovación implicada en la denominación de esta

etapa cómo “segundo nacimiento” indica el áspero proceso de reacomodo de la estabilidad psíquica del individuo y la forma cómo se sitúa en la sociedad a la cual pertenece. La búsqueda de la conformación de la identidad comienza a ser advertida por los investigadores de la adolescencia. Dos centurias después de Rousseau lo referente a las transformaciones emocionales de los adolescentes continua poseyendo un hálito de misterio romántico. Las mutaciones continuas y su inestabilidad característica, así cómo la influencia de las mismas en la obtención de los elementos necesarios para convertirse en adulto constituyen el eje de la psicología de la adolescencia.

Continuando con la proyección psicoanalítica de estos primeros estudios sobre la adolescencia aparece Erik Erikson, psicoanalista estadounidense de origen alemán que afirma que las diferentes medidas defensivas empleadas durante la adolescencia en sí, son en circunstancias normales medidas temporales de emergencia. El autor plantea que son desechadas tan pronto cómo el Yo ha ganado resistencia al unir sus fuerzas con el movimiento progresivo de la libido hacia la heterosexualidad, cuando la ansiedad y la culpa han disminuido a través de cambios catécticos internos. De tal manera que, desde un punto de vista social o de comportamiento, este desenvolvimiento puede ser descrito en términos de un ajuste adaptativo en consonancia o correspondencia con instituciones sociales existentes (Erikson, 1946).

Erikson continúa con el camino del análisis psicoanalítico aplicado a la adolescencia avanzando en la descripción de los complejos procesos que se generan con la aparición de los instintos sexuales durante la pubertad. La consideración de las pulsiones sexuales planteadas en el psicoanálisis en asociación con la influencia del medio ambiente en el desarrollo de las mismas, enriquecen el discurso dirigido a la comprensión de la adolescencia. Asociar los cambios que sufre el individuo en este periodo al entorno, permite incluir en el esquema terapéutico el factor social cómo elemento de comprensión de la problemática adolescente.

Desde las primeras décadas del siglo XX, Jean Piaget, epistemólogo, psicólogo y biólogo suizo, comienza a estudiar las características del pensamiento



durante los estadios de las operaciones intelectuales. Éstas –afirma- “permiten comprender de una forma mas objetiva la evolución del pensamiento en el niño y los niveles de equilibrio sucesivos en el aprendizaje de operaciones intelectuales complejas constituidas de estructuras, tales cómo la aritmética” (1955, p. 41).

El método empleado por Piaget esta basado en una observación meticulosa de las expresiones de la mente del niño y el preadolescente, procurando establecer pautas que permitan rastrear la evolución de la psique a través de los diferentes estadios del desarrollo y establecer marcos referenciales para detectar alteraciones que puedan considerarse cómo psicopatologías. Asimismo, también comprender la forma cómo se va construyendo la personalidad del individuo y determinar las etapas de dicha construcción.

De acuerdo con Piaget (1955), durante el periodo de las operaciones formales, el cual transcurre de los doce a los catorce años de edad, se asiste a una multitud de transformaciones, relativamente rápidas en el momento de su aparición y que son extremadamente diversas. El investigador menciona también que en este nivel lo que se ve aparecer es la lógica proposicional, la capacidad de razonar sobre enunciados, sobre hipótesis y no solamente sobre objetos puestos sobre la mesa o inmediatamente representados.

Las conclusiones de las investigaciones llevadas a cabo por Piaget permiten una aproximación más objetiva al estudio de los adolescentes, caracterizando la función del pensamiento en esta etapa del desarrollo. El adolescente adquiere la capacidad de establecer hipótesis que le permitirán contrastar el mundo donde se desenvuelve, estableciendo pautas individuales para la comprensión del proceso de modificación en lo relativo a sus intereses personales y por lo tanto, de su relación con el mundo que le rodea. Asimismo, dicha característica se convierte en una herramienta indispensable para la conformación de la identidad adolescente, un proceso de cambio que separa al infante del adulto, por medio de una transformación radical a nivel físico, mental y espiritual.

Por su parte, Spranger, psicólogo y filósofo alemán, caracteriza la nueva organización psíquica del adolescente en tres puntos: el descubrimiento del Yo, la

formación paulatina de un plan de vida, el ingreso dentro de las diferentes esferas de la vida y afirma que la adolescencia es para nosotros no sólo la fase de la evolución que se halla entre la niñez, en sentido fisiológico, y la madurez, en el mismo sentido, sino la edad de la vida que se extiende entre la típica estructura espiritual del niño, no desplegada todavía, y la estructura espiritual del varón o de la mujer adultos (1959).

Una concepción más pragmática, y por lo tanto útil a nivel conceptual, comienza a aparecer en el panorama psicológico. La perspectiva cambia al aterrizar los conceptos románticos imperantes hasta el momento, los cuales se limitaban a destacar las alteraciones características de esta etapa del desarrollo sin proponer aproximaciones más objetivas. Así, Spranger despliega los elementos básicos para el abordaje metodológico de la adolescencia. El hecho de establecer lineamientos para el estudio de los adolescentes permite separar lo fisiológico y lo espiritual en una forma más estructurada. En el mismo texto, el profesor de la universidad de Leipzig menciona la consideración de la adolescencia cómo un segundo nacimiento, revisitando así las ideas sobre la teoría haeckeliana de la recapitulación, la cual fue considerada por Hall en el desarrollo de su teoría de la adolescencia. Asimismo, refiere que el adolescente hace la observación de que “hay una gran diferencia entre lo que la sociedad exige y lo que ella es y hace por término medio” (1959).

El autor recalca que: “el tránsito del juicio ajeno al juicio propio, y como consecuencia, de la educación por los demás a la autoeducación, debe iniciarse con el despertar de la adolescencia” (Spranger, 1959, p. 165). La conciencia crítica del adolescente comienza a manifestarse. Se hace énfasis en su capacidad analítica, a la vez que se dirige la atención hacia la reevaluación de los conceptos adquiridos hasta entonces, ese pensamiento reflexivo es el que Spranger busca destacar para aproximarse al proceso adolescente. La individuación adolescente comienza a ser reconocida cómo el núcleo de las transformaciones inherentes a esta etapa del desarrollo. El autor separa el juicio infantil del adolescente destacando la separación de los criterios de origen que habían gobernado hasta entonces dicha dicotomía.

Blos señala que “La adolescencia es la etapa terminal de la cuarta fase del desarrollo psicosexual, la fase genital, que había sido interrumpida en el período de latencia. El suceso biológico de la pubertad produce un nuevo impulso y una nueva organización en el Yo” (1970, p. 15). Peter Blos, nacido en Alemania, es uno de los precursores del psicoanálisis de la infancia. Este autor afirma que el término “pubertad” se emplea para calificar las manifestaciones físicas de la maduración sexual. Y añade que el término “adolescencia” se emplea para calificar los procesos psicológicos de adaptación a las condiciones de la pubertad. Asimismo, Blos destaca que el cambio puberal o el estado de maduración sexual influyen en la aparición y en la declinación de ciertos intereses y actitudes. La maduración sexual inicia y produce cambios en la vida mental del púber (1970).

Una separación más específica entre los diversos enfoques de la edad adolescente es necesaria para separar lo referente a los cambios físicos de las modificaciones emocionales y conductuales. Blos elabora una aproximación constructiva al dilema, lo cual contribuye a especificar los abordajes terapéuticos. La influencia de la maduración sexual es tomada en cuenta para describir la conflictiva personalidad adolescente. La organización del Yo, que sufre una reinterpretación a raíz de las transformaciones psíquicas, se ve envuelta en un proceso que puede afirmarse que representa la búsqueda de una identidad propicia para absorber e incorporar los cambios por los que transcurre. Blos es el primer psicoanalista que habla de la adolescencia cómo de una segunda individuación, en la cual la madurez genital estimula una renovada búsqueda de identidad y un ascenso en la vida moral. Asimismo, el autor hace hincapié en que la individuación adolescente, que entraña la reconciliación de la genitalidad con la moralidad, es totalmente diferente de la separación- individuación de la infancia.

El segundo nacimiento, la búsqueda de identidad, individuación posterior, todos los términos se refieren a la misma situación. Sin embargo, Blos aporta una distinción específica que establece una diferencia entre lo que ocurre durante la infancia posterior al nacimiento y lo sucedido en la etapa adolescente. En este caso, habla del conflicto que entraña el proceso de maduración genital en relación a la construcción de un esquema moral válido que ubique en una posición

adaptativa exitosa al individuo adolescente. La separación-individuación de la infancia confiere al sujeto una personalidad propia, la cual habrá de confrontarse posteriormente al llegar a la pubertad. La suma de nuevos intereses a los ya habituales, así como la problemática inherente a las necesidades afectivas y sexuales que representan una parte importante de los cambios y requerimientos de la etapa adolescente, representan una tarea ineludible en la historia personal del ser humano.

Blos dice que: “la lenta separación de las ligas emocionales del adolescente con su familia, su entrada temerosa o alborozada a una nueva vida que le llama, son de las más profundas experiencias en la existencia humana” (1970, p. 30).. Es necesario hacer hincapié en el hecho de que durante la adolescencia ocurre una profunda reorganización de la vida emocional con un estado de caos bien reconocido. La personalidad adolescente es muy particular, la elaboración de defensas características, con frecuencia extremas y también transitorias, mantiene la integridad del yo a pesar de las circunstancias adversas. La percepción de la fragilidad del individuo adolescente adquiere una dimensión inusitada, lo que tradicionalmente se reconocía como una alteración caracterológica es reevaluada mediante una aproximación científica sin precedentes. Las modificaciones emocionales evidentes, y un tanto desconcertantes, características de esta etapa del desarrollo, son conceptualizadas como defensas adolescentes que permiten resistir las transformaciones y la inestabilidad. El hecho de que sean transitorias, confiere al análisis de las mismas una importancia sin igual para la comprensión de la mentalidad adolescente.

Blos agrega que la adolescencia está principalmente caracterizada por cambios físicos que se reflejan en todas las facetas de la conducta. Además de que los adolescentes de ambos sexos son profundamente afectados por las transformaciones físicas de sus propios cuerpos. También, en una forma más sutil e inconsciente la pubertad afecta el desarrollo de sus intereses en general, su conducta social y la calidad de su vida afectiva (1970). Durante la fase de preadolescencia, el niño alterna la autoafirmación y las exigencias agresivas con reclamos impotentes para que lo conforten físicamente y le proporcionen

seguridad. Se introduce la comprensión de esta etapa del desarrollo mediante el discurso psicoanalítico elaborado por Blos, en el cual se destaca la observación de las sutilezas implicadas en la modificación de su vida emocional sumadas a la dinámica de sus relaciones interpersonales y con el entorno social.

Las afirmaciones de Blos, con respecto a las estrategias empleadas por el púber en el ámbito familiar, están destinadas a proporcionar una imagen resumida del comportamiento característico de los preadolescentes. Esta distinción establece una clara diferenciación entre las conductas observables características de los infantes y las alteraciones caracterológicas que es posible encontrar en los adolescentes. El autor menciona que el infante prepúber exige autoestima por parte de sus progenitores además de expresiones de cariño que le permitan sentirse amado y protegido. Esta interacción afectiva proporciona seguridad y una sensación de reconocimiento personal que será sustituida en poco tiempo por la exploración del entorno en la búsqueda de la autoafirmación necesaria para el mantenimiento de la homeóstasis emocional.

Respecto al conflicto familiar, Joseph Leif, pedagogo, y Jean Delay, psiquiatra y neurólogo, contribuyen añadiendo que la adolescencia es un periodo de la existencia singularmente difícil de vivir, y salvo en aquellos para quienes todo momento del pasado es una oportunidad para distraerse del presente, por favorables que hayan sido las condiciones creadas por el medio, por cómodo que haya resultado vencer los obstáculos del camino que lleva a la edad adulta. Por feliz que haya sido la salida, deja muy escasos deseos de revivirla en el recuerdo. Tal periodo es, además, muy difícil de vivir para la familia en razón de la tensión que se crea entre padres y adolescentes (1971). Hay ciertas consideraciones en cuanto al papel activo que juegan los diversos actores implicados en el transcurso del período adolescente de un individuo. Tales como los padres, que tienen la responsabilidad formativa de su vástago. El conflicto interno que por naturaleza se establece entre el sujeto que entra a la adolescencia y sus progenitores, conlleva una tensión inédita que afecta al núcleo familiar en su totalidad. El autor hace hincapié en lo tortuoso del momento para los implicados y la necesidad de trascenderlo sin afectaciones posteriores.

Avenburg, nacido en 1933 en Argentina, psiquiatra y psicoanalista, añade que hay un creciente interés en demostrar la confluencia de los cambios psicológicos y morfológicos que suceden en la adolescencia, considerada en un primer nivel de análisis, cómo un período de la vida caracterizado, por el cambio, que es corporal a la vez que psicológico (1973). Una cierta insistencia se percibe en el discurso que sostienen los autores dedicados a la investigación del periodo adolescente, se sigue analizando la relación entre lo emocional y lo físico desde la afectación que sufre la psique cuando llegan las transformaciones fisiológicas de la pubertad. La diferenciación, así cómo la forma en cómo se relacionan los aspectos físicos y emocionales al llegar a la adolescencia y la tendencia humana a hacer de este período una zona de conflicto, son aspectos que comienzan a establecer una sólida definición entre los investigadores de la adolescencia.

De acuerdo con Berthé (1982), autor enfocado a la psicología social del adolescente, la reflexión del niño no se refiere, en efecto, más que a la realidad, al presente, a la acción en curso. El adolescente por el contrario, se hace capaz de sobrepasar con el pensamiento las situaciones vividas y actuales, de evadirse fuera de lo real y presente para abrazar lo posible y abstracto, el pasado y el porvenir. Ahora razona sobre preposiciones sencillas, es decir, de manera hipotético-deductiva.

La tendencia a establecer parámetros de funcionamiento conductual, así cómo esquemas de pensamiento determinados, iniciada por Piaget, ha continuado influyendo en las investigaciones posteriores sobre el tema. Los investigadores buscan comprender los esquemas fluctuantes de pensamiento del adolescente con miras a establecer pautas razonables para definir el proceso de la adolescencia.

Fierro, catedrático de la universidad de Málaga, afirma que: “la adolescencia es un periodo de profundos cambios, marcado por la inestabilidad y aun por la provisionalidad” (1985, p. 99). El autor se refiere al momento en que la persona consolida sus competencias específicas y su competencia o capacidad general frente al mundo, a la realidad, al entorno social, estableciendo su adaptación y ajustes, si no definitivos, sí los más duraderos a lo largo del ciclo

vital. La importancia del entorno social, en la construcción de una adaptación exitosa a los cambios que generan la aparición de la pubertad y la inestabilidad emocional que produce en el individuo, es una parte importante de las nuevas investigaciones sobre la adolescencia. Al tratar de rastrear los puntos comunes de esta transformación, observando a los adolescentes, se torna necesario el análisis minucioso de los vínculos afectivos y su significado e influencia en el proceso iniciado en la pubertad.

J. C. Coleman, psicólogo, investigador y editor británico, dice que la adolescencia es considerada generalmente cómo un periodo de cambio y también de consolidación en el concepto de sí mismo. El desarrollo intelectual durante la adolescencia posibilita un concepto más complejo y sofisticado acerca de sí mismo, que implica un mayor número de dimensiones, abarcando tanto posibilidades cómo realidades (1985). Algunos autores continúan con la senda trazada por Erikson en la búsqueda de las pautas que inducen la búsqueda de identidad del adolescente, así cómo los posibles transtornos caracterológicos que se generan durante este período. Se torna necesario definir si se trata de cambios transitorios o modificaciones que mas adelante resulten negativas para el adulto futuro. Todo esto dentro de la construcción del “sí mismo”.

De acuerdo con J. C. Coleman (1985), la posición psicoanalítica con respecto a la adolescencia esta caracterizada por tres ideas fundamentales:

- a) La adolescencia se percibe como un período en el que existe una acentuada vulnerabilidad de la personalidad, debida primordialmente a la fuerza de las pulsiones que surgen durante la pubertad.
- b) Se concede una especial importancia a la probabilidad de comportamiento mal adaptado, procedente de la inadecuación de las defensas internas. Tomando cómo ejemplos: fluctuaciones extremas en el estado de ánimo, inestabilidad en las relaciones, depresión e inconformismo.
- c) Se concede especial importancia al proceso de desvinculación, ya que es percibido cómo una necesidad, si es que han de establecerse relaciones sexuales y emocionales maduras fuera del hogar.

En esta posición de la que nos habla Coleman, se advierte una búsqueda en la cual se encuentran inquietudes que datan desde las propuestas de Rousseau. Menciona los cambios emocionales descritos por el filósofo que después serán

reformulados como pulsiones desde el ámbito del psicoanálisis. La inadaptación conductual es percibida como una alteración provocada por la aparición de dichas pulsiones. El proceso de desvinculación es similar al propuesto por Rousseau en su texto *Emilio*, en cuanto a la separación de las ligas familiares y la percepción novedosa del mundo en que se desenvuelven. Las afirmaciones sobre el comportamiento melancólico y reflexivo se corresponden con las mencionadas fluctuaciones extremas en el estado de ánimo. La posición psicoanalítica evoluciona desde los planteamientos de Blois como precursor de la psicología de la adolescencia. Tomando en cuenta que Blois rescata la propuesta de Rousseau planteada con anterioridad.

Aberastury, psicoanalista argentina nacida en 1910, precursora del análisis de niños y adolescentes en Latinoamérica, menciona que: “la adolescencia esta caracterizada fundamentalmente por ser un período de transición entre la pubertad y el estadio adulto del desarrollo” (1988, p. 38). Y añade que esta es una situación que obliga al individuo a reformularse los conceptos que tiene de sí mismo, introyectando elementos externos que lo llevan a abandonar su imagen infantil y a proyectarse en el futuro de su adultez. Históricamente, y más allá del discurso psicoanalítico, la adolescencia continúa su proceso definitorio en el ámbito de la psicología. Se indagan los elementos para conocer y también controlar las alteraciones que surgen de forma habitual durante esta etapa. El proceso de autoconocimiento continúa siendo el motivo mas adecuado para acercarse a la psique adolescente. La transformación de los esquemas conceptuales del individuo, el proceso evolutivo de crecimiento que entraña la progresión adaptativa natural, se refleja en la relación existente entre la modificación corporal y la caracterológica. “El adolescente siente que debe planificar su vida, controlar los cambios, necesita adaptar al mundo a sus necesidades imperiosas, lo que explica sus deseos y la necesidad de reformas sociales” (ibid., p. 23). La autora concluye que la inserción en el mundo con sus modificaciones internas y su plan de reformas es lo que va definiendo su personalidad y su ideología.

La confrontación entre sus intereses y los de las personas que le rodean se torna un conflicto para la estabilidad familiar, la volubilidad caracterológica, aunada



a las exigencias ególatras que manifiesta el adolescente no permiten un clima adecuado para la construcción de la identidad del naciente adulto. Además, su inserción en la sociedad de una forma autónoma, plantea conflictos definitorios en cuanto a la actitud que debe asumir para identificarse a sí mismo entre los demás. Kaplan sugiere que cuando la adolescencia ha concluido, el carácter del joven adulto guarda las marcas de las luchas interiores que ha experimentado. El joven en proceso de cambio no ha sido un recapitulador pasivo de la primera infancia, sino un activo revisor. Sus estrategias, sus pérdidas, sus derrotas, sus triunfos y sus nuevas soluciones dejan sus huellas en la estructura adulta (1986). La experiencia acumulada en la niñez será de utilidad en la exploración que el adolescente debe llevar a cabo. La búsqueda de una identidad que corresponda a los nuevos intereses que va encontrando en la vida diaria absorbe su motivación primordial. Por lo general este proceso lo aleja de la coincidencia emocional, hasta entonces habitual, con sus progenitores.

De acuerdo con Alaugnier (1991, p. 48), psicoanalista de la adolescencia, es necesario para arribar a: “la sensación de “yo soy”, y a su consecuente relación con “yo era” y “yo seré”- construir su historia –es un trabajo psíquico que se desenvuelve en un entretejido con el mundo. De cómo se entramen esos hilados sociales, de que nuevos marcos surjan en la vida del adolescente y cómo los transite, dependerá que los traumas, adversidades, cataclismos emocionales, etc. Dejen un sedimento, estructuras y no vacíos. La lucha se libra entre el proceso identificador y el vacío, la futilidad, la sensación de inexistencia (Alaugnier, 1991).

Dolto enfatiza que “La adolescencia es un periodo muy rico, si se deja asumir al joven muy pronto todas sus responsabilidades sin coartarle. No coartarle no quiere decir dar la aprobación” (1992, p. 81). La libertad entraña responsabilidad. La forma de exponer la importancia de esta simbiosis y su prudente adopción para la solución de los conflictos personales entraña el núcleo del propósito de los investigadores de la psicología de la adolescencia a lo largo de la búsqueda emprendida durante la historia del desarrollo de la psicología. Francoise Dolto, psicoanalista francesa especializada en la adolescencia,

presupone una indagación similar al resto de los autores que escriben sobre esta etapa del desarrollo.

Fize agrega que: “los adolescentes tienen creencias múltiples en los grandes valores: libertad, solidaridad, igualdad, amistad, amor, autenticidad. La mente prosigue un trabajo de estructuración intelectual, con una disponibilidad que favorece la creatividad y la previsión“(2007, p. 53).

La multiplicidad del pensamiento adolescente continúa representando una incógnita susceptible de seguir explorándose dado el carácter cambiante de los intereses adolescentes. Estos están íntimamente relacionados con la época y las costumbres imperantes en la sociedad. Dentro de la historia de la psicología, la búsqueda de la comprensión de la estructura de la psique necesariamente transcurre por el período adolescente, del cual se continúa indagando sus pormenores con el fin de estructurar de manera fehaciente el entendimiento cabal de las características del desarrollo humano en sus diferentes etapas.

A modo de conclusión recordamos que la intención de la exposición temática de este primer capítulo de la tesis es, en primera instancia, el establecimiento de un marco histórico y teórico adecuado para el desarrollo de la investigación documental, la cual se refiere a la aparición del concepto de *identidad en la adolescencia* en la historia de la psicología.

Los ritos de iniciación en el adolescente variarán de acuerdo con el entorno social. El adolescente debe participar en una serie de actividades para probar su capacidad de convertirse en un miembro activo de la sociedad a la cual pertenece, a través del desempeño de funciones adultas específicas al interior de la comunidad en la cual habita. Podemos encontrar una cierta analogía entre dichos rituales llevados a cabo al interior de sociedades menos industrializadas y las circunstancias en que ocurre esta parte del desarrollo humano en nuestra sociedad actual.

En las sociedades occidentales modernas, dicha transición se asocia a ritos subjetivos. Al individuo se le incita a llevar a cabo un cambio de actitud, lo cual se asocia a la asunción de mayores grados de responsabilidad dentro de la sociedad.

El sentido moral y ético característico de un individuo adulto se forma en gran parte durante la transición adolescente. Una visión primordialmente centrada en sí mismo le otorga cierta protección, necesaria en la búsqueda de su propia *identidad*, así como también le permite estimular la adopción de una actitud funcional ante la vida adulta que se avecina. Las críticas, pasivas y activas, a los que le rodean, reestructuran su adecuación a los requerimientos de la sociedad a la cual pertenece.

Al observar el devenir de la *noción de adolescencia*, se advierte una preocupación constante en el desarrollo histórico de la misma por definir el proceso característico de esta etapa. El progreso de las indagaciones con respecto a la adolescencia en el ámbito psicológico, demuestra la actualidad del conflicto para definir este período de transformaciones. El cual, además, como puede observarse, difiere un tanto con el paso del tiempo y el cambio de perspectivas y paradigmas sociales existente en las distintas generaciones que han sido estudiadas. La comprensión del estadio adolescente se ha desarrollado durante este periodo. Desde el surgimiento de la *noción de adolescencia*, hasta nuestros días, la transformación del concepto, así como el interés necesario para indagar la mejor forma de apoyar el desarrollo de la *identidad en la adolescencia* ha evolucionado constantemente en beneficio de la comprensión del proceso adolescente.

## Capítulo 2

### *Identidad en la adolescencia*

En este capítulo se desarrolla, en primera instancia, un recuento histórico del *concepto de identidad*. Posteriormente, se indaga sobre la aparición de la noción de *identidad en la adolescencia*. Este constructo se ha destacado cómo un elemento esencial en el desarrollo del individuo y ha cobrado auge la investigación de sus características a raíz de los trabajos de E. Erikson, los cuales se ubican dentro del ámbito de la psicología de la adolescencia.

Después de las significativas aportaciones de Erikson, psicoanalista danés, al estudio de la adolescencia, se retomaron los principios enunciados por este autor, convirtiéndose en citas recurrentes dentro de las investigaciones más recientes en el campo de la psicología adolescente. Una serie de autores continuó desarrollando las ideas planteadas por Erikson, la frase "*crisis de la adolescencia*", acuñada por Erikson dentro de su texto: "Las ocho edades del hombre" y perteneciente a su libro "*Infancia y sociedad*", se incorporó de forma activa a la cultura popular de finales del siglo anterior, constituyéndose en el planteamiento inicial de una serie de abordajes intelectuales que impregnaron diversos ámbitos de la cultura y el conocimiento humanos.

#### **2.1. Historia del concepto de Identidad**

¿Quién soy? ¿Qué soy? ¿Adonde voy? Tratar de responder satisfactoriamente a estas preguntas, ha sido y es, uno de los conflictos mas antiguos del hombre. El concepto de identidad abarca una amplia gama de significados y es posible ubicarlo en una diversidad muy extensa de contextos. Evidentemente, nuestro interés primordial, dada la naturaleza del sector del conocimiento que nos ocupa, atañe al campo de la psicología. Antes de especificar el motivo de nuestro estudio de una forma más reducida, es decir, en lo que se refiere a dicho concepto en relación con la etapa adolescente del desarrollo humano, abordaremos el enfoque de algunos precursores dentro de la ciencia psicológica.

Erik H. Erikson refiere a dos antecedentes primordiales para el desarrollo del concepto de identidad, uno de ellos es el psicólogo norteamericano William James. Erikson define en primera instancia a la identidad cómo: “Una sensación subjetiva de mismidad y continuidad vigorizantes” (1968, p.16). En el mismo texto, Erikson ejemplifica dicha definición a través de un texto de W. James consistente en una carta a su esposa, (compilada después por su hijo Henry James) en la cual el autor se encarga de reafirmar que la experiencia siempre incluye un elemento de tensión activa, de sostener lo que le es propio y de confiar en que las cosas de afuera cumplan su parte de modo tal que se logre una armonía total, pero sin ninguna garantía de que lo harán.

De esta forma, al garantizarlo, afirma que la actitud inmediatamente deviene para él conciencia de algo estancado e incapaz de estimular. Y agrega que al quitar la garantía siente siempre una especie de bienestar profundo y entusiasta, de ruda disposición a hacer o sufrir cualquier cosa, si bien se trata de un mero estado de ánimo o una emoción a la cual no puede dar forma con palabras y que se hace auténtica para él como el principio más profundo de toda la determinación activa y teórica que posee. De esta manera, el autor induce a considerar la experiencia constante de asombro e incertidumbre que le significa la vida misma, cómo algo cercano a la interpretación activa e interminable del acto de sobrevivir (1920).

W. James comienza a interesarse en la investigación del “sí mismo”, siendo el precursor de dicho concepto en la psicología y comienza su definición de tal forma: “El sí mismo o yo empírico es, en su sentido más general, la suma total de cuanto un hombre puede llamar suyo: su cuerpo, sus rasgos y sus aptitudes” (1980, cap. X, p. 178). Así, James comienza una disección más detallada del concepto de sí mismo elaborando una explicación con base en tres dimensiones principales:

- 1) Sus elementos constituyentes, los cuales se refieren a: a) El sí mismo material. Que consiste en las posesiones materiales del individuo. b) El sí mismo social. El que se refiere a cómo el yo es percibido y evaluado por sus semejantes. c) El sí mismo espiritual. Que abarca sus facultades y disposiciones psicológicas, y d) El yo puro. Que se define cómo la corriente

de pensamiento que constituye el propio sentimiento de identidad personal, o sea, una integración de todos los conceptos anteriores.

- 2) Los sentimientos del sí mismo.
- 3) Las acciones destinadas a la búsqueda y preservación del sí mismo (*ibid.*, 1980).

De esta manera, a través de conceptos aleatorios, la idea de identidad comienza a manifestarse. La búsqueda de una definición del individuo ante sí mismo y a su vez ante el mundo que le rodea, es importante para sentar las bases de una disciplina como la psicología, determinada a emprender una búsqueda de las motivaciones y propósitos de la psique humana. Erikson agrega que, hoy, el término identidad se refiere con mucha frecuencia a algo ruidosamente demostrativo y plantea una búsqueda más o menos desesperada. Asimismo, Erikson se refiere a una investigación casi deliberadamente confusa en la que le interesa presentar estas dos formulaciones que afirman de modo vigoroso cómo se percibe la identidad cuando se toma conciencia del hecho de que sin duda se posee una (1968).

Una de dichas formulaciones es la que se refiere al concepto de W. James registrado en la carta a su esposa. El otro se refiere a un concepto de identidad personal y cultural mencionado por Sigmund Freud en un discurso ante la sociedad B'nai B'rith de Viena (1959, p. 273), en 1926, y referido a su vez por Erikson en el mismo texto (1968, p. 17).

Lo que me ligo al judaísmo (me avergüenza admitirlo) no fue la fe ni el orgullo nacional, porque jamás he sido creyente y me educaron fuera de toda religión, aunque me inculcaron el respeto por las que se denominan normas éticas de la cultura humana. Cada vez que sentía una inclinación hacia el entusiasmo nacional me esforzaba por suprimirla considerándola superficial y errónea, alarmado y prevenido por el ejemplo de los pueblos entre los cuales vivíamos los judíos: muchas oscuras fuerzas emocionales que eran tanto más poderosas cuanto menos se las podía expresar con palabras, así como también una clara conciencia de una identidad interior, la privacidad de una construcción mental común. Y más allá de esto

existía una percepción de que solo a mi naturaleza judía le debía las dos características que se me hicieron indispensables en el difícil camino de mi vida. Porque era judío me encontré libre de muchos prejuicios que restringían a otros en cuanto al uso de su intelecto, y cómo judío estaba preparado para unirme a la oposición y para prescindir de cualquier acuerdo con la mayoría compacta que me proporcionaba seguridad.

Esta fue la única vez que S. Freud utilizó el término identidad, un tanto casualmente y con un sentido de etnicidad específico. Sin embargo, es posible advertir la noción del término manejada por James y Erikson, en cuanto al reconocimiento del sí mismo manejada por el primero en relación al individuo y al ambiente que le rodea y le es propio.

James se refiere a la sensación de “continuidad vigorizante” aunada a una sensación de mismidad. Los tres autores tienen en común la autopercepción de sí mismos como una entidad única de características exclusivas que define la sensación de individualidad consecuentemente con la percepción particular de “sí mismos”. Erickson añade al concepto su particular noción expresada en términos psicológicos, la cual nos explica que la formación de la identidad emplea un proceso de reflexión y observación simultáneas que tiene lugar en todos los niveles de funcionamiento mental. Según este proceso, una aportación innovadora del autor, el individuo se juzga a sí mismo a la luz de lo que percibe cómo la manera en que los otros lo juzgan a él, comparándolo con ellos y en los términos de una tipología significativa para estos últimos; por otra parte juzga la manera en que es juzgado, a la luz del modo en que se percibe en comparación con otros y en relación con tipos que han llegado a ser importantes para él. Esto lo convierte en un proceso de progresiva diferenciación y deviene tanto más inclusive a medida que el individuo se hace consciente de un círculo de otros significativos que se extiende de la madre hasta la humanidad (Erikson, 1968).

Participamos en una serie de interacciones sociales que definen la personalidad del sujeto a través de la visión de los otros, es decir, la sociedad misma de la cual forma parte. Esta conciencia de pertenencia se va haciendo más compleja a medida que la persona realiza una introspección interior que

paulatinamente va incrementando la dimensionalidad del ambiente al que se integra. Una serie de percepciones cada vez más intrincadas van moldeando su perspectiva, de tal forma que no solo las consideraciones de orden objetivo son tomadas en cuenta. Al referirnos a dichas consideraciones dirigimos nuestra atención a lo concerniente a las dinámicas sociales en las que nos vemos inmiscuidos por diferentes circunstancias y necesidades. Sin embargo, es necesario considerar otro tipo de pautas que influyen significativamente en la concepción del “mí mismo”. Esto es, aquellas que se encuentran ubicadas en la subjetividad y que pertenecen a territorio de cierta índole abstracta cómo puede ser la conciencia de especie o de temporalidad, consideraciones de índole metafísica e histórica que en un marco de referencia más amplio influyen en la concepción del individuo a partir de su propia autodefinición cómo ser viviente.

Para George Herbert Mead, un filósofo y psicólogo social estadounidense, el sí mismo es un objeto de conocimiento cuyo desarrollo sigue cierto curso. El piensa que al principio el sí mismo no existe, puesto que el hombre no es congénitamente autoconsciente, dado que no se considera a sí mismo cómo objeto, aunque pueda hacerlo con los otros. El autor refiere que como resultado de la interacción con los demás y de las formas como estos reaccionan va aprendiendo a pensar sobre sí mismo dándose la categoría de objeto, adoptando así, actitudes y sentimientos respecto a sí mismo, que son un eco de las respuestas de los otros, pues responde cómo le responden los demás. De esta manera, para este autor el sí mismo se estructura socialmente, como un reflejo del otro (1934).

Es evidente que la concepción de este autor limita sus consideraciones a la influencia exterior para adquirir un consecuente sentimiento de mismidad, pero es necesario reconocer que un auténtico sentido de identidad presupone la necesidad de encontrar la definición del “yo”, con cierta independencia del medio ambiente. Aunque explicada hasta cierto punto por el entorno y el reflejo del individuo en las demás personas que interactúan con él. El concepto de identidad va progresivamente adoptando consistencia. De alguna manera, constituye una prolongación en el ámbito más específico del estudio de la mente humana y las



emociones que data desde las elucubraciones planteadas por los filósofos de diversas culturas. Esta búsqueda del “sí mismo” ha planteado un reto para los interesados en descubrir las sutilezas de la compleja interacción del hombre con su mundo y la identificación de sus orígenes, la actualidad y el porvenir intuido. Los inicios de dicha búsqueda pueden rastrearse en la historia humana hasta la conformación de las grandes religiones y sus diversos planteamientos teológicos, los cuales comparten el interés común de autentificar la comunión de la humanidad con el ambiente en el que se desarrolla, así cómo otorgar una explicación plausible al misterio representado por la aparición de la conciencia de individualidad en su devenir.

Por su parte, Freud complementa el planteamiento referente a la forma cómo el individuo adopta una percepción más elaborada de su relación con el entorno y el aprendizaje progresivo que este le proporciona: “Todo lo que una persona posee o realiza. Todo remanente de los sentimientos primitivos de omnipotencia que su experiencia ha confirmado, ayuda a incrementar su – autoestimación” (Freud, 1944, Vol. XIV, p. 2017).

P. M. Symonds, psicólogo educativo especializado en adolescentes, define al yo cómo un grupo de procesos (percibir, pensar, recordar) y al sí mismo cómo las formas de reacción del individuo ante sí. Menciona cuatro aspectos que lo caracterizan: a) cómo se percibe a sí mismo el individuo, b) que piensa de sí mismo, c) Cómo se evalúa, y d) cómo intenta mediante diversas acciones engrandecerse o defenderse. Con este planteamiento, el autor evalúa ciertas acciones introspectivas que según sus conclusiones lleva a cabo el individuo para lograr el autoconocimiento.

Estas características pueden ser conscientes o inconscientes de tal forma que el individuo puede tener una idea de sí mismo opuesta a la que mantiene sin tener idea de ello. De tal forma que cuando se percibe de una determinada manera realmente se está defendiendo de lo que en el fondo siente que es. Así, se concluye que lo que un individuo dice sobre sí mismo no siempre es una representación exacta de sus sentimientos auténticos. Symonds se basa en la teoría psicoanalítica para elaborar sus propuestas de tal manera afirma que si el

yo, con todas sus funciones, es eficiente al enfrentar las exigencias internas y externas del medio que le rodea entonces la opinión de sí mismo se tornará más favorable (1951).

Grinberg refiere que el sentimiento de identidad implica la noción de un yo que se apoya esencialmente en la continuidad y semejanza de las fantasías inconscientes referida primordialmente a las sensaciones corporales, a las tendencias y afectos en relación con los objetos del mundo interno y externo, así cómo a las ansiedades correspondientes, al funcionamiento específico en calidad de intensidad de los mecanismos de defensa y al tipo particular de identificaciones asimiladas resultantes de los procesos de introyección y proyección (1961). El planteamiento del autor indica que la consideración de la importancia de las percepciones particulares de cada persona constituye un elemento definitorio específico de su individualidad ante el mundo y sus congéneres.

Los psicólogos educativos argentinos Elena Horas y Plácido A. Horas afirman contundentes: “El nosotros precede al yo y al tú. No importa cuan pronto o tardíamente el sujeto se reconoce cómo único y diferente de modo significativo ante el espejo” (1973, p. 24). Por lo tanto, su individualidad se despliega a partir de las consideraciones ambientales y sociales y paulatinamente, su ser idéntico se forma mediante el contorno que se introyecta y diferencia. “Cada experiencia desde el ambiente lo separa y lo regresa enriquecido” (ibid.,1973, p. 24). La importancia manifiesta del aprendizaje proveniente del medio ambiente circundante es analizada por los autores con el fin de destacar la manera en que la continua exposición a los estímulos exteriores conforma un aspecto definitorio de la integración de la autoestima.

La fortaleza del concepto que tiene el individuo de su propia existencia es el ámbito en el cual el autor norteamericano Ronald Laing refiere que la identidad es aquello por lo que uno siente que es el mismo, en este lugar y en este tiempo, tal cómo en aquel lugar y en aquel tiempo, pasados o futuros; es aquello, por lo cual se es identificado. La propia identidad no puede abstraerse por completo de su identidad para otros. El autor considera, asimismo, que la adquisición de un firme sentimiento de identidad, es indispensable para alcanzar una posición existencial

de seguridad ontológica básica, que nos permita relacionarnos auténticamente con nosotros mismos y con nuestros semejantes, así como mantener el equilibrio mental (1978, pp. 82- 93).

La noción de identidad se conforma cómo un constructo que se refiere a la autenticación del sentimiento de identidad, la conformación del cual es necesario cómo un proceso a realizar por los individuos para lograr la estabilidad propia mediante una introspección categórica que les permita alcanzar la seguridad necesaria para mantener el equilibrio interno adecuado. La eficiencia en su autoevaluación y las acciones llevadas a cabo para realizar las modificaciones necesarias en aquellos aspectos que consideren que deban cambiar de sí mismos es importante. Al incrementar la satisfacción con su propia identidad, esta, por supuesto, no excluye la opinión de sus semejantes. Al adquirir un sentimiento de comodidad interna con nuestro ser, esta implicada la satisfacción implícita en el reconocimiento de los que nos rodean.

Leon Grinberg, destacado psicoanalista argentino, define desde una posición psicoanalítica la adquisición del sentimiento de identidad cómo el resultado del proceso evolutivo de cada individuo, el cual supone una interrelación continua, entre tres vínculos de integración: espacial, temporal y social. La continua fluctuación de las dinámicas de asociación entre dichos vínculos crea una aproximación constante que conforma la diferenciación del ser.

En primera instancia, el vínculo de integración espacial comprende la relación entre las distintas partes del *self* entre sí, incluyendo el *self* corporal, manteniendo su cohesión y permitiendo la comparación y el contraste con los objetos. Se le conoce cómo individuación. El vínculo de integración temporal, comprende las relaciones entre las distintas representaciones del *self* en el tiempo, estableciendo una continuidad entre ellas y otorgando la base del sentimiento de mismidad o reconocimiento del sí mismo.

Referente a la relación existente con la sociedad en la que se desenvuelve, el vínculo de integración social es el que se refiere a la connotación social de la identidad y esta dado por la relación entre aspectos del *self*, y aspectos de los objetos, mediante los mecanismos de identificación proyectiva e introyectiva. La

evolución del concepto de identidad posee ciertas características que le han hecho necesario para la comprensión situacional del ser humano dentro de su devenir histórico. La preocupación del psicoanálisis por las condiciones cambiantes y evolutivas del *self*, tiene que ver con las bases mismas de esta disciplina y el descubrimiento de ciertos patrones específicos de interacción del individuo con su entorno continua siendo importante en el fortalecimiento de las bases en las cuales se sustenta esta metodología psicológica.

Estos mismos autores consideran importante señalar que la evolución personal encierra una serie de cambios continuos, pequeños y grandes, a lo largo de cuya elaboración se establece el sentimiento de identidad. Dado que la capacidad de seguir sintiéndose el mismo, en la sucesión de cambios, incluyendo la posibilidad de elegir, forma parte de la experiencia emocional de la identidad. Lo que implica mantener la estabilidad a través de circunstancias diversas y de todas las transformaciones y cambios provenientes de la vida misma (Grinberg, 1980).

Erich Fromm sugiere que: “la identidad es una experiencia y una necesidad específicamente humanas” (1982, p. 88) Y agrega, con el fin de establecer un criterio informativo, que es la experiencia la que le permite a un individuo decir “yo”, cómo un centro activo, organizador de la estructura de todas mis actividades actuales o potenciales. Al destacar el papel del aprendizaje basado en la experimentación Fromm expone la experiencia de mi “yo”, que es: “la experiencia de mí mismo cómo una cosa, del cuerpo que tengo, o la memoria, hijos, problemas, etc. La experiencia del yo y de la identidad del yo, se basan en el concepto de tener” (1982, p. 90). Y se afirma que “Yo” me tengo a “mí”, cómo tengo todas las demás cosas que este “mí” posee. La identidad de “yo” o de sí mismo, se refiere en cambio, a la categoría de ser y no a la de tener. De tal manera que Fromm concluye: “Yo soy “yo”, solamente en la medida en que estoy vivo, interesado, activo y en el que he logrado una integración entre mi apariencia – para los demás o para mí mismo, o para ambos – y el núcleo de mi personalidad de tal forma que el autoreconocimiento sea posible de forma tácita (1982).

Autores de formaciones eclécticas cómo E. Fromm retoman los hallazgos psicoanalíticos incorporando a sus aportaciones lo que otros investigadores

afirman en sus escritos. El devenir histórico del concepto de mismidad o identidad continúa su desarrollo paulatino dentro del ámbito de las diversas disciplinas dedicadas a establecer pautas seguras en la comprensión de los elementos constitutivos del contacto que tiene el ser humano con su entorno.

De tal forma que Fromm establece una diferencia un tanto ambigua entre dos partes de un mismo constructo: el “mí mismo”. Apoyando su idea en la posesión del yo, y activando al individuo en la medida de que es capaz de reconocer su entidad viviente, tanto en sí mismo cómo en asociación con la de los demás.

El psicoanalista Octavio Fernández nos dice que elegir un rol social está determinado por la identidad que se desarrolla dentro de: “la continuidad histórica, unidad de las identificaciones que constituyen el Yo y según la mismidad obtenida a partir del encuentro con los otros, el contexto y el proceso social” (1986, p.95).

El desarrollo del individuo y la experiencia acumulada en su vida, tanto a nivel introspectivo, cómo social, contribuyen de forma significativa en la construcción de su autoestima. Definiendo por consecuencia la idea de una identidad específica diferente a la de los otros pero a su vez estrechamente ligada con la de los demás individuos que forman parte de su realidad, tanto contemporánea cómo subjetiva, a través de el ideal de pertenencia a una sociedad o porque no, a la humanidad misma. Markus, H. y Wurf, E. reafirman con respecto al individuo que: “los elementos de su autoconcepto, y las creencias específicas con las que se define, constituyen sus esquemas de sí mismo” (1987, p. 299)

Es necesario señalar que ante los cambios, el individuo puede crear sentimientos depresivos y de angustia, pues estos significan la pérdida de vínculos y generan una especie de duelo por el objeto y alteraciones en el *self*. Estas alteraciones continuas en la vida cotidiana deben ser integradas de forma adecuada por el sujeto para la sana consolidación de la identidad. Los autores definen la búsqueda para encontrar las capacidades introyectivas del individuo y la asunción de responsabilidades al proyectar las consecuencias de los cambios, circunstancias que le permitirán afirmar un sentimiento de continuidad en su

mismidad y mantener una relación armónica con la sociedad en la cual esta integrado.

Los elementos de su autoconcepto, las esencias específicas con las que se define constituyen los esquemas de sí mismo. Así, se intenta poder confirmar que una identidad personal es más que un autoconcepto, pues requiere que: “tanto las experiencias previas y los cambios personales persistentes durante toda la vida, cómo las expectativas y exigencias de la sociedad sean integradas en un todo coherente, en un yo” (Markus, H.,1987, Grotevant, 1992).

Las exigencias de dicha autoimágen, planteadas a lo largo de la existencia del individuo, necesitaran de la utilización coherente de los mecanismos de defensa necesarios para sortear de forma exitosa dichos inconvenientes. La continuidad en las expresiones del sí mismo a través de los cambios que surgen en las distintas etapas de la vida permitirán el equilibrio necesario para desarrollar una integración funcional consigo mismo y con la sociedad, así cómo una armonía autónoma entre los distintos aspectos del *self*. Estas creencias específicas, sustentadas y paulatinamente modificadas a través del proceso de desarrollo de la persona durante su vida conformarán cada vez con más solidez su autoconcepto. La definición de los elementos esenciales de su afirmación cómo un sujeto de características irrepitibles en su conjunto y la sensación de mismidad necesaria para su propia aceptación y por consecuencia su funcionalidad cómo individuo autónomo.

Rosa P. Carballo, psicóloga española, afirma que el cuerpo y la imagen corporal forman parte integrante del desarrollo psicológico desde el mismo momento en que se configura la identidad personal y social de los sujetos, en un proceso de diferenciación de la persona como un individuo separado, que sintetiza y unifica la diversidad de sus experiencias en el mundo. De tal forma que la identidad facilita una experiencia reflexiva de la propia subjetividad, que permite al sujeto tomar conciencia de sí mismo, de su lugar en el mundo y en relación a los demás. Al buscar la interacción con los otros otorga a esa experiencia contenidos simbólicos y significativos. La formación de la identidad gira en torno al ser y la existencia de cada persona como individuo, como un ser separado, singular e

indivisible, como una totalidad diferenciada y unitaria. En este documento, publicado por la Universidad de Valencia, la investigadora nos dice que la identidad así conformada permite al sujeto tomar conciencia de su lugar en el mundo y en relación a los demás. La identidad del yo es un producto que se gesta en el proceso de socialización, para dar consistencia y continuidad a las experiencias, en un primer momento, a partir de generalidades simbólicas que extrae el sujeto del sistema social en que vive, y posteriormente, a través de un proceso de progresiva diferenciación e individuación que le permite establecer una creciente independencia frente a los sistemas sociales a la hora de legitimar e integrar sus actos, con el fin de favorecer sus oportunidades personales al interior de la colectividad en la cual se halla inmerso (2000).

De tal forma que el nosotros realmente precede al yo y al tú. Dado que la elección de un rol social y por lo tanto de una “identidad social”, es determinado por el ambiente que contribuye a incrementar la autopercepción y de alguna manera impulsa al sujeto a encontrar un lugar que corresponda a sus intereses y deseos dentro de esa interrelación constante que se da a través de la retroalimentación obtenida a través de los otros y el contexto medioambiental. La definición que proporcionan las identificaciones que va encontrando a lo largo de su recorrido por la vida permiten una adecuada sensación de mismidad y unidad, necesaria para establecer un vínculo efectivo con la sociedad contemporánea.

Hornstein afirma: “Yo soy éste – y no aquel - sentimiento que precede la representación de un cuerpo unificado, de la separación y el límite entre el mismo y el otro” (2003, p. 110). La referencia a un sentimiento de propiedad de sí, de su imagen narcisista, de la identificación con las imágenes, los mandatos y los valores parentales del sentimiento de pertenencia a una familia, a un grupo, a un pueblo, a una cultura, etc. Todo conforma la personalidad propia, asimismo, con el advenimiento del nuevo siglo, el concepto de identidad se percibe fortalecido, al haber sido explorado de forma minuciosa por los investigadores interesados en descubrir pautas efectivas para construir un esquema perdurable de comprensión del ejercicio de la conciencia de sí mismo, realizando una revisión constante de los principios mediante los cuales el hombre encuentra su lugar en el mundo.

El simbolismo imperante en la cultura esta ligado a la contemporaneidad. Se gesta en el producto social que se extrae de la evolución de cada cultura, dependiendo de su ubicación geográfica y el contexto en la cual se desarrolla, el que esta imbuido de una multiplicidad de variables que tienen que ver con la integración de la misma desde una perspectiva multiétnica y de tolerancia hacia las diferencias, tanto de índole religiosa cómo costumbrista. Estas consideraciones medioambientales influyen poderosamente en la experiencia del sujeto y en la consistencia de su proceso de adquisición de una identidad funcional y adecuada a su realidad inmediata. La cual se encuentra pletórica de una subjetividad dependiente de las múltiples variables antes mencionadas.

Hugo Lerner, profesor de la facultad de psicología de Buenos Aires afirma: el “Yo soy”, solo se adquiere en un ámbito intersubjetivo. En los comienzos de la constitución de la subjetividad, el vínculo con el otro es fundamental e imprescindible. Aunque en rigor, está necesidad de ser con otro y “por otro” también tendrá una vigencia absoluta durante todo el transcurso del devenir de la subjetividad (2003).

Identificar la propia esencia puede ser una tarea difícil de asumir para el individuo contemporáneo. Esto se debe a la enorme variedad de interpretaciones proporcionadas por una cultura basada en los medios de comunicación masivos. Los mismos que aportan una proporción realmente enorme de posibilidades de identificación de acuerdo con la exposición de múltiples realidades existentes en nuestros días en una forma sintética, pero con la suficiente contundencia para impactar en las consideraciones del sujeto sobre su propia realidad y la forma como esta debería ser asumida. Los acontecimientos, en efecto, pueden ser de gran relevancia a la hora de tomar decisiones que afecten la cotidianeidad y la forma como se planea el futuro.

Vecslir, terapeuta y profesor argentino, comenta que la identidad del yo se construye a lo largo de la vida sostenida desde una matriz básica de identificaciones que permanece y actúa cómo sostén y resistencia frente al impacto de acontecimientos que, sin la existencia de esta forma estable de



organización, podrían desestructurar al sujeto. Asimismo, el autor agrega que: “el trabajo de identificación no acaba nunca, porque un sujeto no solo se constituye, sino también se transforma a través de procesos de identificación” (Vecslir, 2003, p. 50) En su capital identificación hay movimiento y reorganización, y la presencia actual del objeto externo no solo es causa de este movimiento sino que pasa a formar parte constituyente de su subjetividad.

Barman, menciona que en la constitución del “yo”, el individuo se apropia de una serie de valores provenientes del entorno en el cual se ha desarrollado. El reconocimiento de sí mismo en este conjunto de subjetividades, aunado al reconocimiento del papel del otro en el mismo contexto define en consecuencia su pertenencia a la sociedad como a sí mismo. La identificación que va recolectando a lo largo de su desarrollo contribuye a una definición única de su papel cómo individuo perteneciente a un grupo humano determinado, así cómo de su propia subjetividad en la conformación de la propia subjetividad de dicho grupo. Se refleja, reconoce e identifica por medio de dicho proceso. Un esfuerzo que esta en constante transformación y movimiento sin detenerse nunca, dadas las condiciones evolutivas y reorganizantes de la sociedad misma (2003). El autor dice, contundente: “La identidad se inventa justo cuando colapsa la comunidad. La identidad es un sucedáneo de la comunidad, brota del cementerio y promete la resurrección de los muertos. Las luchas identitarias están plenas de ruido y de furia” (2003, p. 74).

El individuo “sobrevive” a la necesidad de fusionarse de manera pragmática con su entorno, la identidad se conforma entonces cómo un sucedáneo de su individualidad, protegiendo su esencia única ante los constantes embates de una sociedad que busca absorberlo dentro de la dinámica asimilante que la caracteriza.

David Myers, doctorado en psicología por la Universidad de Iowa, reconoce que el tránsito entre nosotros mismos y los demás tiene dos sentidos, por un lado, las ideas y los sentimientos acerca de nuestra persona afectan la manera en que interpretamos los acontecimientos, el cómo los recordamos y la forma en que

respondemos a los otros. A su vez, ambos ayudan a moldear nuestro sentido del yo (2008).

El yo y el otro. La dicotomía imperante en la resolución del conflicto identitario permanece a pesar de los esfuerzos llevados a cabo por diversos investigadores para encontrar las fronteras entre la conciencia individual y las aportaciones provenientes del medio circundante, así como la manera en que es afectada la concepción de mismidad inherente al desarrollo de cada persona. La historia del concepto de identidad demuestra la actualidad de la indagación sobre la relación con el entorno y con los demás.

## 2.2. Erikson y la adolescencia

Erikson fue el precursor del desarrollo del concepto de *identidad en la adolescencia*, al retomar planteamientos de Freud, A. Freud, Hall, Spranger y ciertos hallazgos de la antropología cultural, cómo los trabajos de Margaret Mead en Samoa.<sup>4</sup>

En sus teorías de la adolescencia Rolf E. Muss menciona que el concepto nuclear de la *teoría del desarrollo del yo de Erikson* lo constituyen los requerimientos para la adquisición de una identidad del yo satisfactoria, lo cual se cumple de diversas maneras en una cultura u otra. En cada uno de los ocho pasos evolutivos descritos por Erikson, surge un conflicto con dos desenlaces posibles: si el conflicto se elabora de manera satisfactoria, la cualidad positiva se incorpora al yo y puede producirse un desarrollo ulterior saludable. Pero, si por el contrario, el conflicto persiste o se resuelve de modo insatisfactorio, se perjudica el yo en desarrollo, porque se integra en él la cualidad negativa en detrimento de una construcción adecuada de la personalidad (1984).

---

<sup>4</sup> Margaret Mead pasó ocho meses en la isla de Ta'ú en Samoa investigando a 49 adolescentes samoanos. Con los resultados escribió su célebre monografía: *adolescencia y cultura en Samoa*. La antropóloga norteamericana pensaba en el tranquilo tránsito de los niños a la edad adulta de los samoanos, en una sociedad integrada, relajada y tolerante que contrastaba con la problemática y turbulenta adolescencia de los norteamericanos de esa época.

Erikson construye una *teoría del desarrollo humano* basada en ocho etapas, donde, a su vez, cada etapa depende de la solución alcanzada en la anterior.

1. Confianza contra desconfianza
2. Autonomía contra vergüenza y duda
3. Iniciativa contra culpa
4. Laboriosidad contra inferioridad
5. Identidad contra difusión del propio papel
6. Intimidad contra aislamiento
7. Fecundidad contra estancamiento
8. Integridad del yo contra aversión.

Es en la quinta etapa mencionada por Erikson donde aparece el conflicto circunstancial entre la identidad del individuo que busca definirse y la confusión de rol o difusión del propio papel. Los jóvenes que crecen y se desarrollan, enfrentados con esta revolución fisiológica en su interior y con tareas tangibles que los aguardan, se preocupan ahora por lo que parecen ser a los ojos de los demás en comparación con lo que ellos mismos sienten que son, y por el problema relativo a relacionar los roles y las aptitudes cultivadas previamente con los prototipos ocupacionales del momento (Erikson, 1950). La resolución de la crisis de identidad de la adolescencia depende del éxito obtenido en la resolución de las cuatro primeras etapas del desarrollo. La sociedad reconoce la unicidad de este periodo y le concede al adolescente una *moratoria psicosocial*, se trata de un periodo de dilación durante el cual el individuo que aun no está listo para contraer obligaciones, dispone de tiempo para sí mismo, Erikson establece que la *moratoria psicosocial* permite al adolescente entrar en contacto con los siguientes hechos

- 1) Perspectiva temporal. Los adolescentes empiezan a ver su entroncamiento en el pasado y su proyección hacia el futuro. Ambas perspectivas, pasada y futura pueden ser integradas.
- 2) Certeza de sí mismo. Los adolescentes descubren que sus acciones son enjuiciadas por los demás. Las dudas sobre nuestras capacidades no se resuelven evitando actuar. Las propias acciones y los juicios de los demás proporcionan un sentido de certeza y confianza para hacernos sentir nosotros mismos.
- 3) Experimentación de rol. Los adolescentes no se asustan al experimentar nuevos roles, en la adolescencia pueden intentarse roles adultos.
- 4) Anticipación de realizaciones. Los adolescentes comienzan a aplicar su sentido de laboriosidad a tareas relacionadas con el trabajo. Aparecen los

esfuerzos necesarios para la selección de aquellos roles laborales acordes con las capacidades personales.

- 5) Identidad sexual. En la adolescencia pueden resolverse los conflictos de identidad sexual. Las tentativas adolescentes proporcionan un sustrato de experiencia en las relaciones sexuales.
- 6) Polarización de dirección. Los adolescentes aceptan la responsabilidad de asumir el papel de líder cuando es necesario. Del mismo modo pueden reconocer que la autoridad de los demás es necesaria en las interacciones sociales.
- 7) Polarización ideológica. Los adolescentes pueden desarrollar un sistema personal de valores que les permita tomar decisiones para el resto de su vida.

Desarrollar estas habilidades lleva tiempo y la *moratoria psicosocial* se convierte en el período temporal que la sociedad dedica a esta tarea de reflexión. Sin embargo, no siempre la moratoria es aprovechada con éxito por los adolescentes. La moratoria falla cuando los individuos, prematuramente definidos, son obligados a incorporarse a la sociedad adulta sin estar preparados o considerándose poco seguros de su desarrollo. Se encontrarán con la duda de quienes son, quiénes quieren ser y qué son para los demás. Los abruptos cambios fisiológicos que caracterizan a la adolescencia, con la maduración sexual de por medio, enfrentan al individuo con una serie de modificaciones difíciles de asimilar, las cuales amenazan lo que el consideraba hasta entonces cómo su identidad individual. El adolescente se preocupa por su apariencia, así cómo también por la conducta que manifiesta ante el medio social y familiar circundante. Erikson sostiene que es durante la adolescencia que ha de establecerse una identidad positiva dominante del yo. También menciona que el estudio de la identidad en la actualidad ha llegado a ser tan importante como el de la sexualidad en los tiempos de Freud (1950).

Erikson ha contribuido al desarrollo de la comprensión del pensamiento adolescente al puntualizar las condiciones de la interacción social en que debe arraigarse el yo para alcanzar su madurez con normalidad. Señalando también la importancia de incorporar adecuadamente los cambios físicos y emocionales inherentes al tránsito por la pubertad. De esta forma, el adolescente expande sus posibilidades de lograr un sano equilibrio e integridad del yo, lo cual es esencial

para transcurrir a la siguiente etapa y lograr el establecimiento de relaciones amorosas satisfactorias. Erikson menciona que en la pubertad y la adolescencia todas las mismidades y continuidades en las que se confiaba previamente vuelven a ponerse hasta cierto punto en duda, debido a una rapidez del crecimiento corporal que iguala al de la temprana infancia, y a causa del nuevo agregado de la madurez genital (1950). El autor agrega que: “en su búsqueda de un nuevo sentimiento de continuidad y mismidad, los adolescentes deben volver a librar muchas de las batallas de los años anteriores” (1950, p. 235).

De esta manera, la relación circunstancial entre la infancia inmediata y la adolescencia adquiere características recurrentes. “La integración que ahora tiene lugar bajo la forma de identidad yoica, es más que la suma de las identificaciones infantiles” (ibid., p. 235). De esta forma, el psicoanalista menciona la importancia de la capacidad yoica para integrar todas las identificaciones con las vicisitudes de la libido, con las aptitudes desarrolladas a partir de lo congénito y con las oportunidades ofrecidas en los roles sociales. Erikson hace hincapié en el peligro de esta etapa que es la confusión de rol entendida en perjuicio del establecimiento de una identidad correcta, como cuando ésta se basa en una marcada duda previa en cuanto a la propia identidad sexual. Los episodios delincuentes y psicóticos no son raros. En la mayoría de los casos, sin embargo, lo que perturba a la gente joven es la incapacidad de decidirse por una identidad ocupacional (1950). Erikson menciona en la quinta etapa de su teoría del desarrollo humano, la búsqueda de una identidad que responda a las características deseadas por el individuo en relación con las actividades, actitudes e ideas que le son satisfactorias y que juzga conveniente enarbolar como su estandarte identitario personal. Asimismo, más adelante el autor agregara la noción de *crisis de identidad* que se ha convertido en parte de la cultura popular, aunque se aplica a otras circunstancias diferentes al estadio adolescente también.

Para Erikson, “La crisis de identidad depende parcialmente de factores psicobiológicos” (1978, p. 12). La crisis en ocasiones es escasamente perceptible y en otras lo es muy marcadamente: en algunos jóvenes, en algunas clases, en algunos períodos de la historia, la crisis de identidad se presentara sin ningún

ruido, pero en otros la crisis estará claramente señalada como un período crítico, una especie de “segundo nacimiento”, institucionalizado mediante ceremonias o intensificado mediante la disputa colectiva o el conflicto individual (1978).

Erikson también afirma que los jóvenes que surgen de la búsqueda adolescente de un sentimiento de identidad, pueden estar ansiosos y dispuestos a fusionar sus identidades en la intimidad mutua y a compartir con individuos que, en el trabajo, la sexualidad y la amistad, prometen resultar complementarios e incrementando con ello sus experiencias personales. Lo que enriquece de forma significativa su capacidad para adaptarse a las necesidades de la propia vida (Erikson, 1988).

En esta etapa los jóvenes refuerzan su capacidad identificatoria con la búsqueda constante de modelos que les resultan funcionales al momento de satisfacer las necesidades del su yo recién construido, el que, cual infante hambriento reclama identificaciones protocolarias que le permitan sostener su fluctuante condición anímica.

De acuerdo con Erikson, “La identidad psicosocial mejor definida no excluye que se adquiera el ‘yo existencial’. En suma, un yo que funciona mejor no sintetiza y absorbe la autoconciencia” (1988, p. 81). Este autor enfatiza la importancia de conservar la ecuanimidad a la hora de preservar la identidad propia, a pesar de los requerimientos sociales implícitos en las relaciones que surgen en este período,

En el Libro *Sociedad y Adolescencia*, Erikson refuerza dicho contexto mencionando que en cada individuo y en cada generación existe un potencial para lo que podríamos llamar una adolescencia intensificada, es decir, una fase crítica marcada por la exasperación recíproca del conflicto interno y la desorganización social (1978): “La confusión de la identidad caracterizaría así a aquellos estados en los que existe un empobrecimiento y una disipación de las ganancias emocionales, cognoscitivas y morales dentro de un transitorio estado grupal, en un renovado aislamiento, o en ambos” (1978, p. 119).

El autor menciona el “aspecto social de la identidad”, que debe ser explicado dentro de esa dimensión comunitaria en la que ningún individuo debe encontrarse a sí mismo. Ningún yo constituye una isla para sí mismo. A lo largo de

la vida el establecimiento y mantenimiento de esa fuerza que puede reconciliar discontinuidades y ambigüedades depende del apoyo, primero, de modelos parentales y, después, de modelos comunitarios (Erikson, 1978). La propuesta de Erikson refiere la compleja construcción de la identidad adolescente mediada por las interacciones sociales que el individuo desarrolla a lo largo de su vida. Cierta memoria interactiva, implícita en el transcurso de la evolución personal, acompaña necesariamente el proceso de conformación identitaria. “La identidad psicosocial, entonces, posee también un aspecto psichistórico, y las biografías están inextricablemente entrelazadas con la historia” (Erikson, 1978, p. 12).

Una de las aportaciones y diferencias que Erikson concibió en relación con la identidad tiene con las dimensiones psicosociales de la misma. Lo cual obliga a la consideración de las influencias medio-ambientales en la construcción de las identificaciones que de forma posterior deberán sentar las bases para el logro de una identidad sólida.

El psicoanalista danés, naturalizado norteamericano, especifica que es en la juventud, cuando la fuerza del yo emerge. El proceso se genera a partir de la mutua confirmación del individuo y la comunidad, en el sentido de que es la sociedad la que reconoce al individuo joven cómo vehículo de nuevas energías y necesarias aportaciones a la dinámica de la misma y de que: “el individuo, así confirmado, reconoce a la sociedad como un proceso vivo que inspira lealtad así como la obtiene, mantiene fidelidad así cómo La suscita, honra la confianza así cómo la reclama” (Erikson, 1969, p. 40).

La interrelación constante entre el individuo y la sociedad que participa en su cotidianeidad, genera un vínculo trascendental, dada la naturaleza irreversible de las condiciones generadas por esta simbiosis ineludible. Esta circunstancia es preponderante en el análisis de la conflictiva adolescente y la tesis de Erikson procura hacer hincapié en lo referente a la necesaria superación de la dispersión caracterológica, rasgo ineludible del período adolescente. Dicho proceso se da en el seno de la sociedad, que es donde el individuo intentara desvincular sus apegos previos en sustitución de los nuevos, provenientes de un espacio novedoso, como lo es el correspondiente a las recientes relaciones sociales adquiridas.

Erikson señala que “La identidad del yo es en parte consciente y en considerable medida inconsciente” (1969, p. 46). De tal forma que la autoconcepción identitaria es un proceso psicológico que refleja procesos sociales pero con sentido psicológico y podemos concebirlo como un proceso social que refleja procesos psicológicos. Este alcanza el punto de crisis en la adolescencia, pero se ha desarrollado durante toda la niñez y continuará reapareciendo en las crisis de años posteriores (Erikson, 1969).

La aportación de Erikson a la conformación de bases sólidas para la comprensión de las características del período adolescente del desarrollo humano es muy importante, dadas los consecuentes desarrollos teóricos que se han implementado a raíz de las propuestas del eminente psicólogo. Las cuales han derivado posteriormente en la implementación de abordajes terapéuticos cada vez más efectivos para tratar las psicopatologías inherentes a la adolescencia. Así como resulta relevante la gran cantidad de referencias a su obra dentro de la literatura y de la ciencia contemporáneas.

### **2.3. Desarrollo del concepto de “identidad en la adolescencia”**

El concepto de *identidad en la adolescencia* se ha desarrollado paulatinamente a través de la historia de la psicología de la adolescencia. Desde los primeros autores que estudiaron la adolescencia existe una preocupación legítima por entender este periodo del desarrollo humano en el cual el individuo transita de la niñez hacia la adultez. El logro de una *identidad del yo* satisfactoria fue expuesto de forma particularmente objetiva por Erikson, tal como se ha señalado en el apartado anterior.

Asimismo, recordemos que fue Rousseau el que señaló de forma incipiente este concepto al ocuparse de destacar la existencia del período adolescente en la vida humana. El autor nos dice que para Emilio sus semejantes no son las personas desconocidas, sino aquellas con las que tiene intimidad, las que la costumbre le ha hecho que quiera o que necesite, las que ve con evidencia que tienen modos de pensar y de sentir como los suyos, las que están expuestas a las penas que ha padecido, y que se complacen en los contenidos que ha disfrutado,



son aquellas en quienes para él es más notoria la *identidad* de naturaleza y por tanto tiene más inclinación a quererlas (1976).

Rousseau comienza así a denotar el carácter receptivo e identificatorio que denotan los adolescentes, así como la vulnerabilidad implícita en esta etapa del desarrollo humano. De alguna manera, la referencia es clara en cuanto a los modelos parentales se refiere, se destaca la relación intrínseca del adolescente con las personas con las que convive, así como la afectación que sufre por parte de las influencias que atrae dicha relación. Con esta introducción inédita en las vicisitudes de la formación emocional del individuo, el filósofo ilustrado inaugura el estudio formal de la adolescencia y la búsqueda de una identidad propia que se inicia en este momento de la vida. La historia del concepto de *identidad en la adolescencia* ha comenzado de esta manera su curso.

Por su parte, Kant afirmó que la época adulta, es decir, tanto la de la inclinación a engendrar, cómo la de poder engendrar la especie, fue fijada por la naturaleza aproximadamente alrededor de los dieciséis o diecisiete años. Supone el filósofo que a esa edad, el adolescente, en el estado primitivo de la naturaleza, se convierte en hombre. La razón que aduce es que tiene en ese momento el poder de bastarse a sí mismo, de engendrar a su especie y hasta la de subvenir todas las necesidades de su prole, así cómo las de su mujer. La simplicidad de las necesidades le torna fácil esta tarea. El estado civilizado, por el contrario, exige para esta última tarea mucha elaboración, tanto habilidad cómo circunstancias, de modo que esa época, civilmente por lo menos, se retrasa diez años, en un término medio. Sin embargo, dice también el pensador alemán, la naturaleza no ha cambiado su punto de madurez para ajustarla al progreso hacia la depuración de la sociedad. El hombre de la sociedad, que sin embargo no deja de ser un hombre según la naturaleza, no es más que un adolescente, casi un niño, bien puede dársele ese nombre a aquel que a pesar de su edad (en el estado de sociedad), no puede ni siquiera sustentarse a sí mismo, ni con mayor razón, a su especie, aunque posea el instinto y el poder de engendrarla y por consiguiente de escuchar el llamado de la naturaleza. El autor añade que, ciertamente, la naturaleza no puso instintos y poderes en las criaturas vivas para que estas las combatan y las

ahoguen. Así pues, tales disposiciones no fueron dadas para el estado moralizado, sino tan solo para la conservación de la especie como especie animal. El estado de civilización se traba inevitablemente en lucha con ellas (1973).

El tiempo transcurre y el concepto es retomado en el ámbito de la psicología. A principios del siglo anterior, Tracy, a su vez, enuncia que: “la autoconciencia es el reconocimiento de la identidad personal y la comprensión de este significado e implicaciones en la propia historia de cada individuo. Autoconciencia es conciencia social e individualidad es un hecho social “(1926, p. 122). La génesis del autoconcepto como objeto de análisis implica el desarrollo de aproximaciones objetivas al estudio del proceso que conlleva la adquisición de una idea propia de sí mismo. De esta forma y avanzando en la investigación de las propuestas de su padre, Anna Freud decide comenzar un abordaje metódico del estudio de la psique infantil y adolescente.

Anna Freud menciona que:

Las identificaciones acumuladas durante la niñez llegan a su ápice durante la adolescencia, de modo que las partes opuestas se asemejan mucho, por grandes que parezcan sus diferencias y desacuerdos. Si el adulto recuerda en que medida ha intervenido en la formación del adolescente será capaz de mostrarle una simpatía y una empatía que harán posible una asociación fundada en el respeto y el afecto mutuos (A. Freud, 1961, p. 158).

La identificación del adolescente se concibe, así, como una serie de experiencias asociadas con las identificaciones acumuladas durante la infancia. Lo que a lo largo del proceso de asimilación, implica una sucesión de modelos adoptados en el transcurso de su vida y en el ámbito recurrente de la misma familia. A su vez, esta información repercutirá en el aprendizaje generado en el transcurso de una futura serie de experiencias adolescentes.

Es normal que un adolescente se comporte durante un largo periodo de manera incoherente e imprevisible, que se oponga a sus impulsos y que los acepte, que logre evitarlos y que se sienta desbordado por ellos, que se sienta avergonzado de reconocer a su madre ante los demás y que inesperadamente desee de todo corazón hablar con ella. El adolescente medra con la imitación y la identificación con otros, mientras busca sin cesar su propia identidad, es idealista,

amante del arte, generoso y desinteresado como nunca lo volverá a ser. Pero, también es lo contrario, egocéntrico, egoísta y calculador. Estas fluctuaciones entre extremos opuestos serían altamente anormales en cualquier otra época de la vida, pero en este momento significan simplemente que hace falta un largo tiempo para que surja la estructura adulta de la personalidad, que el yo del individuo no cesa de experimentar y que no desea cerrarse prematuramente a nuevas posibilidades (A. Freud., 1961). El adolescente transforma su vida anterior, hasta entonces limitada a su entorno familiar, en una expansión consciente de intereses que involucra al mundo que le rodea, y también en una experiencia inédita dada la profusión de alternativas que se abren ante sus expectativas personales. Comienza la etapa crítica de lo que antes aceptaba filtrado por la visión familiar y que el reconocía cómo propia.

Charlotte Bühler, psicóloga alemana que desarrollo sus investigaciones en el campo de la educación y la psicología infantil escribe que: “cuando disminuye la ola antisocial, el yo aislado y solitario busca experiencias colectivas por caminos nuevos. El yo busca al tú y a la humanidad, pero no en sus organizaciones, tales como familia, escuela, sociedad. La nueva actitud del adolescente lo induce a buscar un amigo y guía en un nuevo sentido, la confianza, el vínculo psíquicamente más profundo, cimienta entonces la verdadera amistad” (1947, p. 124). Esta confianza se genera y se procura en el espacio reducido que produce la intimidad que se define necesaria para alcanzar el objetivo: encontrar un lugar propio dentro de la sociedad. Aquello que se expresó de forma violenta en la relación del adolescente con el mundo, encuentra una versión agradable en la mutua identificación que implica la aceptación de un sentimiento amistoso.

Asimismo, Spranger, psicólogo y pedagogo alemán nacido en 1888, nos dice que: “junto a la reflexión sobre sí mismo y a la susceptibilidad, despierta también el impulso de independencia, que es un signo de que en las profundidades del alma se ha formado un nuevo yo. El adolescente comienza a proponerse a sí mismo fines. En un principio sólo como experiencias” (1959, p. 53). Spranger se refiere a la dirección que toma la vida interior, el curso de las ideas y la expresión de conductas, formándose, con la tendencia de los impulsos y

la presión del mundo exterior, un equilibrio de fuerzas. Así es como se forma el hombre, en el laberinto inconsciente o inadvertido de su interior.

El mismo autor refiere que en medio de todos, el cambio de los sentimientos y de las actitudes del alma, destacan ciertas tendencias, que son típicas de todo adolescente. Dependen todas de lo que hemos llamado el descubrimiento del yo. Él adolescente pregunta: ¿por qué existo yo?, ¿en qué está mi valor? Los sentimientos de inferioridad engendran un impulso de autoafirmación. Pues la tendencia a estar arriba, y no abajo, esa primitiva voluntad de autoafirmación o voluntad de poder, es el impulso fundamental de la vida y, por consiguiente, la fuerza impulsiva en la formación del plan de vida. Si este impulso llega a la meta por un camino recto, se obtiene una sana estructura de la personalidad (Spranger, 1959) La capacidad del individuo para establecer pautas de autoimagen influirá notablemente en el desarrollo de su autoafirmación o autoestima en una perspectiva más contemporánea. Un determinante fundamental en el establecimiento de una identidad coherente con las necesidades de la realidad. El desarrollo de las investigaciones sobre la *identidad en el adolescente* en el ámbito psicoanalítico continua su avance a partir de los resultados obtenidos por A. Freud.

Peter Blos, artista y posteriormente psicoanalista, confirma que la designación de un nuevo rol y un nuevo *status* ofrece al adolescente una autoimagen que es definitiva, recíproca y comunitaria. Sin este tipo de complementación o refuerzo del medio ambiente, la misma pierde claridad y cohesión. En consecuencia, requiere de constantes operaciones restitutivas para mantenerla. Los procesos regresivos de la adolescencia permiten la reconstitución de desarrollos tempranos defectuosos o incompletos, nuevas identificaciones y contraidentificaciones juegan un papel importante en esto (1970). La exploración de nuevos recursos y con ello la conformación de elementos discriminatorios, permiten al adolescente obtener experiencias que nutrirán su personalidad y le ayudaran a establecer pautas claras para diferenciar que es lo que le interesa y lo que no. Para Blos, “Lo que bajo un escrutinio prejuiciado puede aparecer como el comienzo de una neurosis, con frecuencia no

es sino una crisis agravada que puede acabar por sí misma y de hecho, contribuir a los procesos de formación de identidad. Un ello relativamente fuerte confronta a un yo relativamente débil “(1970, p.27).

Por otra parte, Piaget, psicólogo suizo, menciona que: “la personalidad es la sumisión del yo a un ideal que encarna pero que lo supera y se le subordina: es la adhesión a una escala de valores, no abstracta sino referida a un hacer, por lo tanto, en definitiva es la adopción de un rol social, no del todo preparado como lo es una función administrativa, sino de un rol que el individuo irá creando en su desempeño. Así, se convierte en la edad de la formación de la personalidad “(1972, p, 293). Piaget, propone, desde una perspectiva constructivista, que la sociedad regula constantemente las adecuaciones adaptativas llevadas a cabo por el individuo con el fin de definir su identidad y las actitudes que conformaran su imagen social, la cual será una constante referencia para continuar reforzando las especificaciones de su conducta hacia sí mismo y hacia los demás.

Alaughnier afirma a su vez que: “podemos pensar sin demasiado temor a equivocarnos que el adolescente tiene cómo trabajo psíquico central la búsqueda de su identidad o el delineamiento de su proyecto identificadorio” (1977, p. 65). Más de dos siglos después de lo enunciado por Rousseau se puede comprobar la vigencia de sus hallazgos. La indefinición y la búsqueda constante de pautas para ubicarse en el mundo adulto con autonomía suficiente sigue siendo la motivación primordial de los adolescentes según los autores que han continuado con la investigación de las características del período de la adolescencia. En la psicología como en el psicoanálisis la coincidencia es semejante.

El rol personal está ligado al rol social. Al buscar las pautas para afirmar un proyecto identificadorio íntimo, el adolescente debe reevaluar el papel que la sociedad confirma a través de la generación de nuevas identificaciones mejor adaptadas a su nueva realidad social. Reymond, psicólogo británico afincado posteriormente en Estados Unidos, afirma que: “el abandono momentáneo o duradero de las antiguas identificaciones crea un vacío y deja al adolescente profundamente desamparado” (1982, p. 169).

Esta situación sirve al adolescente para descubrirse a sí mismo en un plano más profundo y rehacer una cohesión que el rechazo brutal de las imagos de los padres ha venido a destruir, va a buscarse entonces nuevos modelos y nuevas identificaciones. Esta búsqueda de la identidad, que prelude la colocación en su sitio de la personalidad, no deja de recordar, en un nivel completamente diferente, lo que pasa en la primera infancia (Reymond, 1982). Con la intención de establecer analogías funcionales que permitan comprender mejor los conflictos de los adolescentes y la naturaleza del proceso por el que transcurren dentro de la búsqueda de las características de su personalidad, los investigadores procuran encontrar coincidencias entre el desarrollo infantil y el adolescente.

Knobel, psicólogo clínico y catédrico barcelonés, refuerza dicha concepción diciendo que: “en la adolescencia la emancipación con respecto a la familia, como elemento de la adquisición de autonomía personal e independencia social, es quizá el rasgo de comportamiento social más destacado de la nueva situación del adolescente” (1984, p. 57).

Esta nueva autonomía se constituye como una herramienta invaluable en la construcción de nuevas identificaciones, ya que acrecentará la libertad del adolescente para conformar un entorno más favorable a sus intereses. Es de hecho, la autonomía, la capacidad de decidir objetivamente, el elemento que otorgará de forma paulatina al individuo, la seguridad y la confianza suficiente para asumir nuevos retos en la vida, debido a los cuales será necesario tomar decisiones que afectarán su presente y su futuro.

Coleman, autor del texto más citado sobre teorías de la adolescencia, afirma que: “el desarrollo de la identidad del individuo no solo requiere la noción de estar separado de los demás y ser diferente de ellos, sino también un sentimiento de continuidad de sí mismo y un firme conocimiento de cómo aparece uno ante el resto del mundo” (1985, p. 35). Los intensos cambios corporales afectan profundamente a estos aspectos de la identidad y suponen un considerable reto para la adaptación. El momento en que se produce un cambio físico más rápido es cuando el aspecto exterior es de fundamental importancia para el individuo tanto respecto a su autoestima como a su atractivo social. Coleman comenta que se

considera que el objetivo deseable del desarrollo de la identidad es que, pasado un período de inseguridad y experimentación una persona adopte decisiones personales claras en relación con sus metas, sus convicciones políticas y religiosas, sus valores. Citando a Marcia, Coleman agrega que existe un proceso para lograr una identidad adquirida el cual requiere de cuatro estadios principales dentro del desarrollo de la identidad:

1. Difusión de la identidad
2. Identidad establecida prematuramente
3. Moratoria
4. Logro de la Identidad.

Marcia afirma que estos cuatro niveles de identidad pueden ser considerados cómo una secuencia de desarrollo, pero no precisamente en el sentido de que uno de ellos sea una condición previa de los demás. Tan solo la moratoria parece ser esencial para el logro de la identidad, ya que la búsqueda y la exploración que la caracteriza ha de preceder a una solución del problema de la identidad (Coleman, 1985). El proceso de difusión de la identidad y el logro posterior de la misma, determinado por Erikson anteriormente es investigado con minuciosidad por autores posteriores, los cuales amplían la perspectiva del psicoanalista precursor del concepto y el primero en describir de manera explícita el conflicto identitario característico de los adolescentes.

Osterrieth, profesor de la Universidad Libre de Bruselas, menciona que el cuadro se oscurece a partir de los trece años aproximadamente, cuando la conciencia de sí se torna verdaderamente aguda y absorbe al joven hasta el punto de hacer que se sienta rigurosamente único y aislado y que, absorto en sí mismo, ya no busque contacto con el exterior. Cuando ha llegado a esa edad del espejo, en la que el joven se escruta física y mentalmente, en que busca, podríamos decir; “hacerse coincidir consigo mismo”, entonces ha salido ya definitivamente de la infancia (Osterrieth, 1980). La perspectiva de su propia identidad acontece acompañada de elementos introspectivos que representan un acto novedoso para el adolescente, acostumbrado a definirse dentro del conjunto familiar perteneciente a su infancia. Es en la intimidad reciente generada consigo mismo que ha de elaborarse el duelo necesario para superar las identificaciones previas,

Aberastury, pionera del psicoanálisis de adolescentes, dice que: “surge una multiplicidad de identificaciones contemporáneas y contradictorias, por eso se presenta como varios personajes, es una combinación inestable de varios cuerpos e identidades” (1988, p. 19). La exploración de sus necesidades y afectos, relacionados con los intereses que le preocupan en esos momentos, permiten al individuo adolescente crear una serie de identificaciones temporales. “Dichas pseudoidentidades conforman los procesos de adaptación y exploración necesarios para la definición de una identidad particular e irrepetible, una serie de concatenaciones de hechos que producen una combinación única, la cual define al individuo ante sí mismo y la sociedad en la cual se desarrolla” (Güemez, 2005, p. 185). Estas “identidades temporales” son producto de la necesidad de evaluar algunas actividades de manera cercana, intentando adecuarse a las características de las mismas, y fusionándose momentáneamente con las sensaciones provenientes de dichos experimentos para decidir si le gustan o no: “El joven no está en condiciones de renunciar a aspectos de sí mismo y no puede utilizar y sintetizar los que va adquiriendo y es en esa dificultad coherente que reside el primer obstáculo para resolver su identidad sexual. En el primer momento esa identidad de adulto es un sentirse dolorosamente separado del medio familiar” (ibid., 1988, p. 19). Es necesaria esta referencia a la dolorosa sensación de alejamiento que se genera cuando el adolescente busca su identidad personal, dado que se presenta en un contexto novedoso que corresponde a lo que deberá enfrentar en el futuro como individuo independiente. Y es esta condición emocional transformadora, de apertura a un mundo más rico y extenso, la que ha sido dada en nominarse como un “segundo nacimiento” por los autores que comenzaron a definir la adolescencia. Rousseau, el precursor, lo mencionó más de dos siglos antes y su vigencia es evidente.

Alaughnier menciona que: “cuando un sujeto adolescente va construyendo su identidad, ciertas situaciones contextuales y sociales pueden interferir en dicha construcción. A menudo, no sólo no producirán ruptura en el proceso de construcción de la subjetividad, sino que funcionarán como motores en la complejización y expansión de la identidad” (1991, p. 34). La interferencia



mencionada no será necesariamente negativa a largo plazo, pues las consecuencias futuras, producto de la asimilación de experiencias tanto buenas como malas son imprevisibles, y es dentro de esta subjetividad donde se conformará la naciente personalidad del adolescente.

Muchos adolescentes permanecen en una búsqueda continua de modelos, sus actitudes cambian frecuentemente, desde una cruel crítica a la sociedad adulta, a la glorificación de sí mismos y sus ídolos, a una severa autocrítica y sentimientos de incapacidad e inutilidad. Algunas veces creen que son brillantes y glamorosos y otras veces se ven a sí mismos como criaturas inmaduras física y mentalmente (Wolman,1998). La fluctuante personalidad adolescente permite una continua remoción de intereses, así como la asunción temporal de identificaciones con actitudes observadas en la sociedad que conforma su entorno.

Ianni, terapeuta estadounidense, citado por Damon (1999, p. 125) menciona: “para la formación de una identidad positiva, cada joven necesita una estructura coherente, un set de logros y creencias insertadas dentro de las expectativas de la comunidad para guiar la transición del niño al adulto”.

De alguna manera se puede observar la permanencia de lo observado siglos atrás por Rousseau en relación a la necesidad de definir la individualidad como algo que se produce a través del contacto con los otros, reiterando que el conflicto característico de la búsqueda de la identidad requiere la interacción con los demás. Interacción que por sí misma puede ser bastante desgastante para el sujeto. Cabe señalar que,

De la identificación restringida o familiar a la identificación general en lo social hay un hiato que exige del sujeto una operación de múltiples caras. Es un momento fecundo de una operación inventiva en la que el sujeto deberá autorizarse a sí mismo, es decir, en varias direcciones, entre las cuales esta la elección de un oficio del cual hacer profesión, el cual afirme su nombre y de alguna manera le permita volver a fundar su identidad” (Russial, 1999, p. 40).

El concepto restaurador de la crisis identitaria es retomado por Russial con el fin de ejemplificar su concepción del proceso adolescente. Este generará

capacidades novedosas al individuo, que se convierten en experiencias invaluable para consolidar su definición ante el mundo al cual pertenece.

Especialmente en las culturas occidentales es una etapa conflictiva de la vida, ya que el adolescente se encuentra, por un lado, ante una crisis anterior, y por el otro, ante un medio social en el que adaptarse y que en ocasiones tampoco favorece esta adaptación. Este debe abandonar su identidad infantil y progresivamente construir una nueva identidad adulta. Al finalizar la adolescencia se produce una nueva relación consigo mismo, en lo corporal y en lo psicológico, con sus padres y con el mundo. La autoestima es esencial para la supervivencia psicológica. En su ausencia, la vida puede resultar penosa en grado sumo, ya que entonces es imposible satisfacer la mayor parte de las necesidades humanas básicas. Una de las principales características que distinguen al ser humano de los animales es la conciencia e sí mismo, la capacidad de establecer una identidad y de otorgarle a esta un valor (Garaigordobil, 2000, Izquierdo, 2003). La renovación emocional, que favorecerá a su vez una transformación conductual, constituye el ingrediente principal de la autoestima, siendo esta necesaria para la conformación de una identidad funcional. La cual debe ser efectiva para la consecución de las metas que el adolescente se proponga a sí mismo en lo inmediato y también como el adulto en que se convertirá en el futuro.

Gerard Mietzel, profesor de psicología del desarrollo y psicología pedagógica en la Universidad Gerhard- Mercator de Duisburg, Alemania, afirma que:

Sólo durante la adolescencia, es decir, tras concluir el dramático crecimiento físico, adquirir cierta independencia de los padres y reorganizar las relaciones con los chicos y chicas de su edad, el adolescente comienza a centrarse más en su persona. A partir de ese momento, aumenta su interés por pensar en su futuro. “Cómo debería ser mi futuro”, “quién quiero ser”, esas son las preguntas por la identidad deseable (2005, p. 502).

Una realización personal autónoma es, por lo visto, la meta a conseguir durante la etapa adolescente, cuando la identidad autosuficiente es el objetivo. La adquisición de la *identidad en el adolescente* se convierte de esa manera en el núcleo de esa transformación ineludible para todo integrante de la sociedad que

constituye la adolescencia y sus conflictos existenciales. De forma ulterior, es necesario mencionar un elemento de actualidad, el cual ha constituido un cambio de paradigmas en el entendimiento del desarrollo adolescente: el advenimiento de las nuevas tecnologías de la información y la multiplicación de las relaciones interpersonales en cuanto a la cantidad, el tipo de interacción, y la ubicación geográfica de las mismas en la realidad cotidiana de los adolescentes. Este hecho inédito en la historia humana ha transformado la perspectiva tradicional del individuo para establecer relaciones con las demás personas.

Gergen (2006), menciona que: “Hay una colonización del ser propio que refleja la fusión de las identidades parciales por obra de la saturación social” (p. 39). De tal forma, que en esta época es posible afirmar que la dificultad para establecer una identidad concisa es aún mas difícil que antes, debido a la multiplicidad de estímulos sociales que provee la red digital, así como los dispositivos de comunicación que han adquirido un lugar preponderante en los elementos de uso diario. “Las relaciones se han vuelto tan vastas y ampliamente difundidas, sobre todo con ayuda de los artificios electrónicos” (Gergen, 2006, p.45). El psicólogo estadounidense procura recalcar la importancia de los cambios que plantea el advenimiento de dichas tecnologías en el proceso de adquisición de identidad.

En este segundo capítulo se procuró mostrar la manera como se conformó el concepto de identidad en la adolescencia. La indagación comienza llevando a cabo un recuento de la forma mediante la cual apareció y se desarrollo la noción de identidad en la historia humana. Después, se revisa la importancia de la aportación del psicoanalista Eric Erikson en la definición del concepto de identidad en la adolescencia, y finalmente se sigue el curso del concepto en el ámbito de la psicología hasta nuestros días.

A manera de conclusión podemos afirmar que las interrogantes con las que comenzó a desarrollarse el concepto de identidad en la adolescencia continúan vigentes en la actualidad. Los investigadores pertenecientes al ámbito del estudio de la mente humana, descubren constantemente pautas que amplían el conocimiento existente sobre el desarrollo humano en la etapa adolescente. Sin

embargo, la importancia de las relaciones sociales y medioambientales en la conformación de una personalidad funcional y con ello de una identidad adecuada para los intereses del individuo, sigue siendo el eje primordial en la exploración de los elementos que significan la construcción de la *identidad en la adolescencia*, elemento caracterológico indispensable para realizar la transición de la infancia a la edad adulta. La necesaria separación de los vínculos familiares y la adopción de nuevas opciones acordes a su personalidad realizadas por los adolescentes, plantean interrogantes constantes en cuanto a las características del proceso. Enunciado por Rousseau, redescubierto por Hall y elemento básico de la psicología de la adolescencia, durante el “renacimiento”, descripción del proceso adolescente, el individuo debe tomar en cuenta los requerimientos sociales para lograr la transformación implicada en la obtención de la autosuficiencia requerida para sobrevivir como miembro adulto de la sociedad, sin por ello descuidar la elección adecuada de una alternativa coincidente con sus intereses personales. La exploración de los elementos constituyentes de dicho proceso sigue planteando nuevas interrogantes a los investigadores de la psicología de la adolescencia, como es posible observar en el planteamiento de este trabajo.

## CAPITULO 3

### Autonomía y adolescencia

La noción de *autonomía* está ligada, indisolublemente, al concepto de identidad en la adolescencia. El logro de la *autonomía* es una condición implícita en el logro de la identidad durante el período adolescente. La capacidad autónoma de tomar sus propias decisiones, incrementa en el adolescente la determinación con la cual decidirá qué aspectos de su personalidad deben cambiar para otorgarle mayores oportunidades de resolución del conflicto identitario.

Es en el período de la adolescencia donde el individuo debe aprender a ejercer un control responsable sobre sus actos y a aceptar las consecuencias de los mismos en un proceso adaptativo que busca la confirmación del sí mismo ante los demás. La asunción del compromiso social que implica el respeto a las reglas comunes de convivencia, sin que esta circunstancia entre en conflicto con las propias reglas de autoafirmación, se convierte en un conflicto constante para el adolescente. Por lo tanto, el control de sus impulsos es básico para desenvolverse en sus nuevas relaciones interpersonales, las cuales cambian aceleradamente. El asumir una posición moral adecuada para cumplir con dichos requerimientos, depende de la interiorización de las reglas necesarias para tener un contacto satisfactorio con los demás. Como esta acción se realiza más frecuentemente en solitario, el individuo dependerá cada vez más de sus propios recursos para lograrlo. De esta forma, una identidad autónoma será lo más adecuado para conseguir su objetivo. Históricamente, se puede observar como la humanidad ha procurado ejercer un control férreo de los individuos de la especie que transitan por esta etapa del desarrollo humano. La fortaleza, su rebeldía, la capacidad de asumir nuevos retos de los adolescentes, siempre han asustado a la cúpula gobernante de la sociedad (generalmente en edades señeras). Las reglas de control por mucho tiempo han relegado a los adolescentes a un estado de madurez incipiente, donde sus características fisonómicas los colocaban en el estrato de los adultos. Sin embargo, la evolución de la psique y con ello de sus

capacidades adaptativas y el desarrollo de su potencial individual, dista mucho de ser alcanzado en dicha etapa. Como hemos observado en el desarrollo de este abordaje documental, respecto a la manera en que apareció en la historia el concepto de *identidad en la adolescencia*, los adolescentes eran considerados adultos inmaduros y por lo tanto forzados a demostrar sus precarias aptitudes laborales para poder sobrevivir. El período de “adolescer” o crecer, se interrumpía de forma incipiente durante la mayor parte de la historia humana con el fin de que el individuo se incorporase a la plantilla laboral lo antes posible. Con el advenimiento de la Ilustración y con ello de la necesidad de explicar el mundo y por consecuencia al hombre, características primordiales de la concepción científica de nuestro tiempo, aparece la necesidad de comprender las etapas del crecimiento del individuo. Así, comenzó la determinación de las etapas del desarrollo humano y la forma de incrementar sus capacidades tanto físicas como mentales. A lo largo de la evolución de la *noción de adolescencia* y del *concepto de identidad*, y durante el desenvolvimiento de la psicología, se ha incrementado la atención en la *autonomía*. Destacándose la importancia de permitir al adolescente el control de sus decisiones como una forma de estimular su sentido del compromiso consigo mismo y por consecuencia con los demás. Sin que, en algunos casos, tenga que recurrir al juicio paterno, ni tampoco necesariamente ser abandonado a sus propios recursos como en épocas anteriores.

### **3.1. La autonomía**

El término “autonomía” deriva de los vocablos latinos *autus* (por uno mismo) y *nomos* (ley) o sea darse alguien a sí mismo sus propias leyes, sin injerencias extrañas. Significa por lo tanto, ausencia de dependencia, de lazos y presiones para ejercitar las ideas, pensamientos o acciones. Es lo contrario de la dependencia. Es actuar siguiendo la propia ley, la convicción propia, contrario al concepto de “heteronomía” que se refiere a cuando se actúa por factores externos a uno y no por las convicciones propias.

Las leyes morales son autónomas pues las impone la propia conciencia del individuo. Lo opuesto ocurre con las sociales, las religiosas o las jurídicas que son

establecidas desde afuera, por eso se denominan heterónomas por pertenecer a la sociedad, la religión o el estado. Los adolescentes se enfrentan a la decisión entre el comportamiento moral y el inmoral, en el sentido de lo respectivo a ciertas reglas comunes y propias, las cuales, al transgredirse, proporcionan un sentido contrario a la moralidad circundante y aprendida. El desarrollo consciente del individuo es necesario, para alcanzar una identificación satisfactoria y transcurrir por otras identificaciones transitorias antes de llegar a ella.

El proceso de pensamiento para comprender los efectos de las reglas sobre uno mismo y los demás es complejo, de acuerdo con los estadios del desarrollo moral planteados por Piaget y retomados posteriormente por Kohlberg. Este proceso madura a medida que el adolescente es capaz de desprenderse de los juicios morales externos y crear los suyos propios. Es necesario afirmarse como un ser humano diferente a los demás, de tal forma que su individualidad constituya una característica distinguible de otros individuos con los que interactúa a través de sus relaciones interpersonales.

La meta de la socialización familiar durante el período de la adolescencia, es de algún modo, estimular a los adolescentes para que se conviertan en personas independientes y autónomas. Al construir su autonomía moral, el individuo cuestiona las normas de funcionamiento familiares transformándolas en beneficio propio, a consecuencia de ello se plantea metas por alcanzar trazando el camino a seguir para lograrlo. Estimular la responsabilidad sobre sus decisiones y sus actos, permite al adolescente establecer las bases adecuadas para la supervivencia autónoma en un mundo que puede depararle la necesidad de desprenderse de los apoyos hasta entonces acostumbrados y enfrentarle con la necesidad de bastarse a sí mismo en el aspecto económico y emocional.

### **3.2. La autonomía en la adolescencia**

“Propiamente es en este momento (la adolescencia), cuando empieza la vida individual, entonces se adquiere la conciencia de sí mismo. El sentir de la identidad en todos los momentos de su existencia, se extiende la memoria y uno

se torna de verdad el propio, y este es capaz de felicidad o de desgracia. Por tanto conviene considerarle ya como ser moral” (Rousseau, 1976, p. 36). En el planteamiento de este trabajo hemos retomado la percepción de Rousseau sobre la adolescencia, como la responsable de inaugurar el reconocimiento formal de la *noción de adolescencia* en la historia del conocimiento humano. La percepción de una moral autónoma en el individuo se desarrolla a la par del autoconcepto identitario, es decir, la asunción de una caracterología provista de alcances y límites aceptados de forma consciente y reconocidos como propios por el sujeto, la cual se evalúa desde la perspectiva de las ideas sobre lo permitido y lo prohibido que ha asumido como parte de su concepto del mundo y la sociedad circundante. “Considerad que en cuanto se ha devuelto el amor propio, sin cesar se pone en acción el yo relativo y nunca observa el adolescente a los otros sin volver sobre sí y compararse con ellos” (Rousseau, 1976, p. 179). El filósofo francés confirma así el inicio de esa transición fluctuante por el yo y los otros que caracteriza a la adolescencia.

De acuerdo con Tracy, “En la vida moral del hombre, y en la filosofía ética, la cual es la tentativa de dar una causa racional de esta vida moral, la identidad personal es al mismo tiempo el comienzo y la meta” (1926, p. 120). En una visión precursora de los planteamientos éticos que aquejan la existencia del hombre, y más allá de concepciones teológicas, aparece la colaboración de Tracy, psicoanalista norteamericano, la cual puede considerarse como un antecedente de la indagación sobre la identidad del individuo en un contexto moral que puede relacionarse con lo estipulado por Rousseau dos siglos antes.

Spranger nos dice que el vivir conscientemente conflictos éticos constituye la nueva modalidad de las vivencias y de la conducta morales en el adolescente. Ésta representa una época de crisis también en este respecto. Puede empezar haciendo el ensayo de vivir dentro de la moral social vigente y llenarla con las propias vivencias y comprensión. El tránsito del juicio ajeno al juicio propio, y cómo consecuencia de la educación de los demás a la autoeducación, debe iniciarse con el despertar de la adolescencia. Ahora ya no se asimila simplemente la moral dada, sino que se empieza a criticar y a reflexionar. El joven se crea un sistema de



normas para el propio valorar y la propia conducta. Regula lo pequeño y lo grande: la manera de levantarse, de comer, de beber, la elección de los amigos y el trato con ellos, la asistencia a sociedades y diversiones, la relación con el sexo opuesto, los problemas de dinero, el ejercicio de la profesión, etc. El impulso de perfeccionamiento universal brota de las partes más puras y mejores del alma juvenil (1959). Esta transición, entendida como un desplazamiento que no es total, de las bases conceptuales en las que ha fincado sus decisiones hasta el momento. El núcleo familiar aporta una base que permanece a pesar de los cambios inherentes al transcurso de la adolescencia y el advenimiento de la adultez.

Blos afirma que durante la adolescencia ocurre una experiencia de individuación que lleva en su etapa final a un sentido de identidad. Antes de que el adolescente pueda consolidar esta formación, debe pasar por etapas de autoconciencia y de existencia fragmentada. El autor especifica que en la complicada situación del adolescente, la experiencia adquirida se transformara finalmente en un fuerte sentido de identidad (1971). “Los esfuerzos resistentes, opuestos y rebeldes, las etapas de experimentación, el probar al ser cayendo en excesos, todo tiene una utilidad positiva en el proceso de definición. “Este no soy yo”, representa un caso importante en el logro de la individuación y en el establecimiento de la *autonomía*. La individuación adolescente se acompaña de sentimientos de aislamiento, soledad y confusión” (Blos, 1971, p. 30). El proceso de individuación necesita de una constante retroalimentación y aprendizaje, durante el cual es necesario fracasar para definir las verdaderas necesidades de cada individuo. La tendencia sobreprotectora y regente de la educación moderna, tanto en lo social cómo en lo familiar, restringe la capacidad adaptativa del sujeto. El desarrollo de dicho proceso es indispensable para que el transito por la adolescencia no se prolongue más tiempo del necesario.

Piaget señala que un plano de vida es una afirmación de *autonomía*. “La autonomía moral finalmente conquistada a plenitud por el adolescente, que se juzga igual a los adultos, constituye otro aspecto afectivo esencial de la personalidad naciente que se dispone a enfrentar la vida. Las adquisiciones

afectivas fundamentales de la adolescencia son paralelas a sus adquisiciones intelectuales” (1972, p. 293). Piaget establece criterios para evaluar de forma metódica la evolución de la capacidad moral del individuo durante la infancia y adolescencia. El autor establece que hay un desarrollo paralelo entre la capacidad intelectual y moral de los individuos en el transcurso de su crecimiento. Además de señalar que la autonomía moral sirve al sujeto adolescente como un instrumento de supervivencia.

La *autonomía*, es decir, la afirmación de un yo consciente de su valor y liberado de la dependencia de la opinión del otro. El ejercicio de la verdadera *autonomía*, la única que caracteriza la madurez social, no consiste en precaverse contra toda influencia, contra toda invasión exterior, cómo tampoco en imponer silencio. Consiste en la integración armoniosa de las diferentes formas de la sociabilidad por las cuales pasa el ser en el curso de su desarrollo, en el juego equilibrado de sus afectos y de la inteligencia. En un yo suficientemente fuerte para seguir siendo a la vez él mismo y disponible (Piaget, 1972). El ejercicio de la *autonomía* como una muestra de madurez social, lo cual implica la capacidad de permanecer siendo “sí mismo” para el adolescente, a pesar de los embates de la sociedad y la familia para moldear su conducta de acuerdo con ciertas influencias específicas, y, sin embargo, establecer relaciones satisfactorias con los demás.

Según Leif,

La identificación hace que uno se vuelva hacia los demás, no se trata de acoger a otro para ayudarlo o protegerlo, ni de recibirlo para honrarlo o tranquilizarlo acerca de él mismo, pues en la identificación el sujeto se vuelve hacia el otro, no para ese otro sino para sí mismo, y, en ese sentido, la identificación no es más ablativa que la proyección (1971, p. 453).

El sentido del espejo está presente en las afirmaciones de Leif, el yo frente a los otros, reflejar lo suficiente para permanecer dentro de los criterios de aceptación general, pero, sin embargo, conservar la esencia individual, el sentido de pertenencia, el logro del reconocimiento personal.

Reymond, al referirse a lo moral, nos dice que una moral heterónoma, recibida hecha del exterior, es sustituida progresivamente por una moral autónoma, nacida de la cooperación y fundada sobre el respeto mutuo y la

solidaridad. El sistema organizado de preceptos, de opiniones, de valores, impuesto por el adulto y hasta entonces admitido sin discusión, no es rechazado, sino repensado y reevaluado a la luz de la experiencia común. La educación adulta no basta para socializar al niño, ella sola no formaría más que seres dependientes y sumisos, incapaces de juzgar y actuar por sí mismos. Debe ser completada por esta educación que se realiza entre iguales para que el niño y luego el adolescente conquiste su *autonomía* espiritual y se haga mas tarde completamente miembro de la colectividad. Está claro que los sentimientos de inferioridad son incompatibles con una plena *autonomía* (1982). La conclusión de la autora obliga a considerar la empatía social y el autorreconocimiento como dos elementos constituyentes de la identidad funcional, ambos deben ser necesariamente compatibles para proveer al sujeto de cierto equilibrio, basado en un sentimiento ecuánime con respecto a su papel dentro de la sociedad y la conciencia objetiva de sí mismo. Dicho equilibrio se constituye como un elemento que a su vez resulta sintético, dado que provee seguridad al individuo al relacionarse con sus contemporáneos, pero también resulta efectivo en los momentos en que la persona debe tomar decisiones importantes para sí mismo o para los demás, lo cual se traduce en un sentimiento de *autonomía* efectivo para tomar las riendas de su existencia. Reymond afirma que:

Frente a la actitud condescendiente del adulto, el adolescente se siente literalmente aniquilado, pues de golpe le arroja su situación anterior de niño dependiente, es la denegación de todos sus esfuerzos para afirmarse cómo un ser autónomo. Esfuerzos torpes al principio pero que exigen ser tomados en serio, ya que a través de ellos el joven yo inseguro empieza a buscarse (1982, p. 179).

Estos ejercicios incipientes del individuo son importantes para ejercer su capacidad autónoma de decisión y con ello favorecer la comprensión del mundo circundante a través de unos parámetros personalizados y que reflejan el sentimiento único de adecuación a la cultura existente en el momento de la historia en el cual le toco vivir al adolescente.

Knobel agrega que: “en la adolescencia, la emancipación con respecto a la familia cómo elemento de la adquisición de *autonomía* personal e independencia

social, es quizá el rasgo de comportamiento social más destacado de la nueva situación del adolescente” (1984, p. 35). *Autonomía* entendida como necesidad de independencia. Comportamiento estimulado a través de la presión circundante, la familia y la sociedad en un frente común cuyo fin último es minar y destruir la dependencia nuclear que ha estimulado hasta entonces la familia. Con el fin de constituirse en un reducto protector, el cual es innecesario al arribar al a adolescencia, por lo menos entendido como una totalidad, rasgo característico de la identificación infantil.

En la adolescencia se desarrolla y asegura la propia autonomía frente al medio, la eficiencia de las acciones instrumentales encaminadas a un fin. Por ello mismo, Fierro nos dice que: “un particular balanceo y sutil equilibrio, a veces desequilibrio, de independencia y dependencia, de *autonomía* y heteronomía, seguridad e inseguridad en sí mismo, manifestados en relación tanto con la familia, la autoridad o la generación de los adultos, tanto con los iguales y grupo de compañeros, caracteriza al adolescente” (Fierro, 1985, p. 99). La percepción del equilibrio necesario para afirmar su pertenencia y a la vez, de su independencia personal encaminada a la construcción de una realidad futura planeada de acuerdo con las necesidades, experiencias y conflictos personales. Sin descuidar por ello la implementación de acciones necesarias para que persista la prevalencia de un determinado espacio social alrededor del sujeto, en el cual se desenvuelva con la seguridad y comodidad habituales.

Lutte afirma que: “durante la adolescencia las relaciones entre la búsqueda de *autonomía* y los niveles más avanzados del conocimiento son circulares, ya que una estrategia más avanzada de conocimiento estimula la búsqueda de la paridad con los otros” (1991, p. 115). La evolución simultánea de la capacidad de proveer al individuo de relaciones interpersonales satisfactorias y constructivas, al tiempo que es necesario desarrollar la individualidad productiva y autosuficiente en diversos aspectos de la vida. Circunstancias emocionales como económicas, así como interpretaciones morales concordantes con la realidad en la cual se desenvuelve cotidianamente.

Garaigordobil menciona que: “la adolescencia es el periodo de adquisición y consolidación de una identidad personal y social, entre otras cosas consistente en una conciencia moral autónoma, de reciprocidad en la adopción de ciertos valores significativos y en la adopción de un concepto de sí mismo al que acompaña una autoestima básica” (2000, p. 22). Estos valores significativos antes mencionados se refieren a la moral social característica del momento histórico por el cual al sujeto transcurre, la cual se modifica con el transcurso del tiempo y el consiguiente arribo de diferencias generacionales. Dicha moral debe conciliarse con el ejercicio de la moral autónoma necesaria para la adquisición de una identidad satisfactoria.

Buelga afirma que una de las tareas del desarrollo más importante para el adolescente en el proceso de consecución de la identidad positiva y estable del adulto es la adquisición de *autonomía*. El principal elemento de esta tarea consiste en una separación o distanciamiento gradual de los adolescentes en relación a sus padres. La conquista de la *autonomía* tiene lugar en la familia, ámbito en el que los hijos permanecen más tiempo. Los cambios sociales han transformado el escenario de desarrollo tanto para los adolescentes cómo para los padres (2004). Es así como el autor sugiere que la adquisición de la *autonomía* debe darse en un concepto interno, a nivel familiar y con cierto grado de conciencia paterna que permita la implementación de estrategias que conduzcan hacia el logro de la *autonomía* como parte integral del desarrollo del individuo.

Collins establece que durante la adolescencia, el desarrollo de la *autonomía* se acelera a través de los rápidos cambios físicos y cognitivos, expandiendo las relaciones sociales y derechos adicionales y responsabilidades. La autoconfianza y la decisión personal se incrementan, el yo y la identidad son gradualmente consolidados, y afectos, carácter y cognición son incrementados. El término *autonomía* es usado comúnmente para referirse a un grupo de características sociales que son de particular importancia durante la adolescencia. De alguna manera, explica cómo los individuos se convierten en autónomos (2003). Los elementos explicatorios de la propuesta del autor están circunscritos al ámbito del enfrentamiento del adolescente con sus contemporáneos. Una contienda solitaria

que desarrolla capacidades que no eran del todo necesarias con anterioridad, es decir, herramientas conductuales aprendidas mediante la negociación con los demás, los cuales comparten el espacio y el tiempo del individuo en su transición adolescente.

Para Collins, “La característica definición de *autonomía* ha sido definida cómo activa, con funciones independientes incluyendo autocontrol, autorregulación del carácter y toma de decisiones personales” (2003, p. 176). La obtención de capacidades adicionales en un mundo altamente competitivo implica una personalidad altamente asertiva, la cual favorezca el crecimiento personal pero tomando en cuenta tanto a la sociedad como a la familia.

Durante la adolescencia el desarrollo de la *autonomía* se acelera a través de los rápidos cambios físicos y cognitivos, expandiendo las relaciones sociales y derechos adicionales y responsabilidades. La autoconfianza y la decisión personal se incrementan, el yo y la identidad son gradualmente consolidados, y afectos, carácter y cognición son autoincrementados. La *autonomía* emocional ha sido definida como una sensación de individuación, de la familia y de la dependencia de ella. Esta implica cambiar conceptos de y con, familia, incluyendo el desarrollo de unas concepciones más maduras de los parientes, homologándolos con la demás gente (Zimmer, 2003). Este autor señala que: “*Autonomía* cognitiva la mayoría de las veces ha sido definida como una sensación de autoconfianza, un sentimiento en el que uno tiene control sobre su propia vida, y sentimientos subjetivos que demuestran la capacidad de tomar decisiones sin una excesiva validación social” (Zimmer, 2003, 176). Los esquemas mentales adquieren el funcionamiento del filtro discriminatorio necesario para obtener independencia. La duda que proviene de la necesidad de obtener aprobación para todos sus actos, característica del infante, se modifica durante la adolescencia hasta obtener la característica independencia de juicio del adulto, el cual posee mucho mayor grado de decisión personal autónoma.

Según M. Fize “la adolescencia es una cultura no la pubertad” y agrega que, hoy en día, los adolescentes tienen una cultura propia, independiente de los adultos, de los niños y de la familia. La adolescencia es percibida a partir de ahora

no como la suma de modificaciones físicas y psicológicas, sino más bien como un modo de vida fundado en la búsqueda de *autonomía*. Una *autonomía* colectiva antes que individual y sin embargo independiente en su esencia (2007).

La búsqueda de la noción de identidad en la adolescencia adquiere en la actualidad necesidades de afirmación individual a la vez que colectiva, dada la implementación por parte de la sociedad de reconocimientos individuales antes que sociales, sin embargo, con el tiempo el desarrollo de la identidad adolescente se genera más en la experiencia común en la compañía de sus contemporáneos, que en aquella que tradicionalmente lo sujetaba a las consideraciones de los adultos.

El tercer capítulo de esta tesis explora, de una forma más concisa, la indagación que ha permanecido constante en el transcurso de la búsqueda en la cual se ha desarrollado el concepto de *identidad en la adolescencia*. Desde los inicios del reconocimiento de la adolescencia planteado por Rousseau, hasta nuestros días, en los que la psicología ha buscado entender el proceso de la conformación de la identidad específica del individuo durante el transcurso de la adolescencia. La *autonomía* aparece como el rasgo caracterológico susceptible de ser desarrollado para favorecer la construcción de una identidad autónoma favorable para una adaptación adecuada a los requerimientos sociales y familiares, pero que respete los intereses individuales de manera eficaz e incrementa sustancialmente las posibilidades de lograr las metas de cada persona.

A manera de conclusión podemos afirmar que el grado de *autonomía* necesario para alcanzar una identidad estable varía de acuerdo con las necesidades socioculturales de cada época, sin embargo, en el ámbito psicológico persiste la necesidad de indagar y definir los límites de la intervención familiar y social en el proceso de desarrollo individual previo a la adultez. Este proceso tiene como fin desalentar los rasgos de inadaptación adolescente que suelen prevalecer en diversas personas al llegar a la edad adulta, así como facilitar la adquisición de una personalidad autónoma, independiente y con la capacidad de regular su caracterología e impulsos con el fin de alcanzar estabilidad en el ámbito personal,

así como en el familiar y también demostrar una identidad concisa y autosuficiente. En la actualidad, debido a la modificación que se ha operado en la percepción de su entorno social, los adolescentes tienen inusuales demandas de autonomía operativa ante sus padres. El apoyo virtual que representan las redes sociales y la capacidad de estar comunicados en tiempo real con individuos en distintas partes del mundo, sugieren al individuo inmaduro una percepción exagerada de sus posibilidades de sobrevivencia en el mundo actual, sin por ello descartar que también facilitan la independencia de los individuos a edades tempranas, sin que ello represente necesariamente una ventaja para los mismos.



## Conclusiones

El motivo indagatorio primordial de este trabajo ha sido el de examinar el contexto histórico en el cual surge el reconocimiento de la etapa adolescente por parte de la sociedad. Esto implicó la investigación del desarrollo histórico de las indagaciones de diversos autores acerca del proceso mediante el cual el individuo adquiere una identidad específica y la manera en que dicha circunstancia afecta su comportamiento durante la adolescencia. El desarrollo de una identidad funcional que permita encontrar el equilibrio adecuado entre lo satisfactorio y lo obligatorio es primordial para el adolescente. Así, la conformación de la *identidad en la adolescencia*, definida como constructo psicológico, es el camino por el cual transita el individuo adolescente en su devenir cotidiano. El moldeamiento de la propia personalidad se convierte en una búsqueda constante y en ocasiones intensa que provoca afectaciones en el equilibrio emocional del sujeto que transita por la adolescencia. De esta manera, le es necesario mantener cierto grado de tolerancia ante los conflictos en los que se involucra de forma introspectiva, así como la asunción de una estrategia conductual exploratoria, la cual permita al adolescente desarrollar herramientas cognitivas y conductuales para enfrentar circunstancias cotidianas de diversa índole, tanto placenteras como desagradables. Una corriente de pensamiento actual<sup>5</sup> afirma que la adolescencia es un artefacto social, inventado para justificar el estilo de crianza y el pensamiento característico de la sociedad urbana. El hecho de que, legalmente, el niño y el adolescente no puedan ser juzgados como adultos, de forma adyacente confiere a los adolescentes una serie de pseudolibertades y restricciones.

Asimismo, los rituales de tránsito hacia la adolescencia conforman una estrategia reincidente. En este contexto, la sociedad actual también contribuye con ritos subjetivos, implementándolos de acuerdo con las necesidades culturales que surgen para continuar con la antigua tradición antes mencionada. Aún en esta época, resulta necesario demostrar al individuo y a la sociedad el cambio que el

---

<sup>5</sup> “La adolescencia es un mero artefacto social que interactúa con las relaciones existentes entre el invento y las necesidades económicas de nuestras sociedades industriales y post-industriales, sobre todo occidentales” (Pedreira, 2000, p. 73).

tiempo ha producido en el infante, convirtiéndolo en ese preámbulo de adulto que representa el adolescente.

En la justificación de las restricciones implementadas por parte de los adultos, se argumenta el hecho de que han sido diseñadas para su adecuado desarrollo y protección. Sin embargo, en términos pragmáticos, contribuyen a la marginación de los individuos adolescentes. La categoría de adolescente se le asigna a un grupo de individuos que transitan por una etapa del desarrollo que carece de las definiciones conductuales que caracterizan a la infancia y la edad adulta. El individuo no es autónomo pero busca, con denuedo, obtener cada vez más independencia en su vida personal. Aún en estas épocas, prevalece cierto escepticismo social para equiparar en importancia en la vida a la *adolescencia* con la infancia o la madurez.

Es posible advertir, en el desarrollo de este trabajo, una constante en la conducta de los adolescentes registrada por los diversos autores que aparecen en el mismo, la cual prevalece a lo largo de la historia de la conformación del concepto de *identidad en la adolescencia*. Dicha recurrencia tiene que ver con el grado de necesidad que tiene el adolescente de incrementar su independencia de los lazos familiares para consolidar su autosuficiencia personal y la visión autónoma de sí mismo. A la vez, el adolescente preserva sentimientos de inclusión social y/o familiar. De tal manera, la pregunta inicial, que implicaba conocer el proceso mediante el cual se desarrolla la *identidad* en la *adolescencia*, adquiere un hilo conductor a través de la importancia que le conceden diversos autores a lo largo de la historia al “entorno” cómo un elemento importante en la conformación de la identidad. El medio ambiente, sugieren, es importante en la conformación del sentimiento identitario.

De forma adyacente, el papel de la *autonomía* en la construcción de la identidad es motivo de conflictos entre los adolescentes y sus progenitores, los cuales continúan con la tradicional forma de educar a sus hijos, dado que aún esta vigente la imposición del criterio paterno sobre las necesidades del individuo. El adolescente debe encontrar equilibrio ante la postergación de su autonomía social, aquella que se genera en compañía de sus contemporáneos y que se asocia con

la autosuficiencia que acompaña a la edad adulta y la negociación que se establece con los padres, la sociedad y, sobre todo, con el naciente *ego* autónomo. Este conflicto conforma una interrogante constante para la naciente individualidad. Los adultos encuentran dificultades para hallar la estrategia adecuada que les permita educar a sus hijos y favorecer su inserción en la sociedad de manera satisfactoria para ambas partes, dada la importancia que por lo general, el ser humano otorga a la opinión de sus antecesores. Sin embargo, de alguna manera, cada vez en edades más tempranas, los adolescentes se cuestionan sobre la validez de dichas estrategias educativas planteadas por sus progenitores. La importancia de la autonomía personal para los adolescentes actuales es significativamente diferente que en épocas anteriores, sin referirse por ello a la autosuficiencia económica como patrón de referencia. Destacando, por otra parte, la adquisición de una conducta estable y funcional, la cual requiere, sin lugar a duda, de una identidad autónoma que le permita desarrollarse de manera adecuada.

Los resultados obtenidos durante la indagación bibliográfica llevada a cabo en este trabajo de tesis, indican que es posible notar con base en el registro evolutivo de las propuestas de diversos autores, que la noción de *identidad en la adolescencia* "difiere" con el paso del tiempo. Asimismo, las consecuentes modificaciones en las condiciones sociales y culturales presentes en el momento en que los investigadores ejercen su definición de la noción, producen cambios inevitables en su significado. Al profundizar en el conocimiento de las características de la adolescencia y la importancia de esta etapa en la constitución de la personalidad adulta del individuo, se transforma de forma simultánea la perspectiva del proceso de adquisición de la identidad adolescente. La sociedad, misma que, en el último siglo, ha modificado su capacidad de aceptar diferencias y respetar las diferentes etapas por las que transcurre el ser humano durante su existencia, ha permitido que la noción de *identidad en la adolescencia* se convierta en un concepto mutable. Este concepto cambia constantemente y continuará modificándose en el futuro debido a que el entorno cultural, y también las dinámicas de relación interpersonal son constantes en eterno movimiento. El crisol

multicultural que los medios de comunicación actuales ofrecen a los adolescentes ha modificado de forma inédita en la historia humana el significado de la *identidad* del individuo. Ésta se extiende a través de la red digital y conforma nuevas formas de relacionarse, diferentes a las tradicionales, ofreciendo una pluralidad de alternativas de interacción social que contribuyen a enriquecer la noción de *identidad*.

El cambio de perspectivas y paradigmas sociales ha sido complejo durante el transcurso del siglo pasado y el presente, así como el conocimiento más preciso de las etapas del desarrollo humano en el ámbito fisiológico. En la exploración de la construcción de la psique también se han dado grandes avances que permiten ir desentrañando el complejo proceso de la evolución emocional del individuo y el mecanismo transformador de su capacidad mental. Un espacio temporal en el cual la adolescencia ha ganado reconocimiento e inclusión social, aunque el conflicto para establecer pautas definitorias respecto a las características del cambio que conlleva la adolescencia mantiene su actualidad. Aún es necesario explorar con más detenimiento, mediante un criterio flexible y abierto, las modificaciones que aparecen en el entorno social de generación en generación y la manera en que es posible equilibrar las necesidades provenientes de la familia con aquellas que surgen de las relaciones personales. De esta manera, poco a poco, la sociedad adulta adquiere respeto y comprensión hacia las particulares características de los adolescentes, comprendiendo que son ellos los que conformarán la próxima generación de adultos.

## REFERENCIAS

- Aberastury, K. M., 1988, *La Adolescencia Normal, Un enfoque psicoanalítico*, Ed. Paidós, México.
- Alaughier, P., 1977, *La violencia de la interpretación*, Amorrortu Eds., Buenos Aires.
- , 1991, *Construirse un pasado. Psicoanálisis*, AP de BA, Vol. XIII, No. 3, Buenos Aires.
- Arévalo, J. J., 1941, *La adolescencia cómo evasión y retorno*, Instituto de Didáctica, Buenos Aires.
- Avenburg, R., 1973, "La Identidad del Adolescente. Definición", en: Pierini, C. D., comp., *La Identidad en el adolescente*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Ballesteros, E. E., 1972, *La educación de los adolescentes*, Ed. Patria, México.
- Barman, Z., 2003, *Comunidad en busca de seguridad en un mundo hostil*, S XXI, Madrid.
- Blos, P., 1970, *Los comienzos de la adolescencia*, Ed. Amorrortu, Buenos Aires.
- , 1971, *Psicoanálisis de la adolescencia*, Ed. Joaquin Mortiz, México.
- Buelga, S., 2004, *Familia y adolescencia. Un modelo de análisis e intervención psicosocial*, Ed. Síntesis, España.
- Buhler, Ch., 1947, *La vida psíquica del adolescente*, Ed. Espasa Calpe, Argentina.
- Carballo. R. P., 2000, "Identidades y cuerpo. El efecto de las normas genéricas", *Papeles del psicólogo*, No. 75, Madrid.
- Coleman, J. C., 1985, *Psicología de la Adolescencia*, Ed. Morata, Madrid.
- Collins, W. A., 2003, "Autonomy development during adolescence", en: Adams, G. R., Berzonsky, M.D., eds., *Blackwell Handbook of Adolescence*, Ed. Blackwell Publishing Ltd., USA.
- Damon, W., Gregory, A., 1999, "Towards the formation of adolescent moral identity", en: *Adolescence: development, diversity and context*, Jovanovic, L., lerner, R., Garland Publishing inc., New York.
- Debesse, M., 1973, *Cómo estudiar a los adolescentes - examen crítico de confidencias juveniles -*, Ed. Nova, Buenos Aires.

- Dolto, F., 1992, *La causa de los adolescentes*, Ed. Seix Barral, Buenos Aires.
- Erickson, H. E., 1950, *Infancia y Sociedad*, Ed. Horme, Buenos Aires.
- , 1968, *Identidad, juventud y crisis*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- , 1969, *La juventud en el mundo moderno*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- , 1978, *Sociedad y adolescencia*, Siglo XXI, México.
- , 1988, *El ciclo vital completado*, Ed. Paidós, México.
- Fernández, O., 1986, *Abordaje teórico y clínico del adolescente*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Fierro, A., 1985, "Desarrollo social y de la personalidad en la Adolescencia, En: Marchesi, A., Carretero, M., Eds., *Psicología Evolutiva. Adolescencia, madurez y senectud*, Vol. III, Alianza Editorial, Madrid.
- Fize, M., 2007, *Los adolescentes*, CFE, Col. Popular, México.
- Freud, S., 1944, "On narcissism, an introduction", *Obras Completas*, Vol. XIV., Ed. Biblioteca Nueva, Barcelona, España.
- , 1959, "address to the society of B'nai B'rith", Std. edition, Londres, Hogarth Press, no. 20.
- Freud, A., 1961, "El yo y los mecanismos de defensa" Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Garaigordobil, L., 2000, "Intervención psicológica en adolescentes", Ed. Pirámide, Madrid.
- Gergen, K. J., 2006, "El yo saturado: Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo", Ed. Paidós, México.
- Gillis, J. R., 1981, *Youth and History*, Ed. Academic Press, New York.
- Grinberg, L., 1961, "El individuo frente a su identidad", *Revista de Psicoanálisis*, Vol. XVIII, Buenos Aires.
- Grinberg, L. y Grinberg, R., 1980, *Identidad y cambio*, Ed. Paidós, Buenos Aires, Argentina.
- Grotevant, H. D., 1992, "Assigned on chosen identity components: a process perspectiva on their integration", En: Adams, G. R., Gullota, T. P., Eds., New York.

- Güemez, O. J., "Identidad y procesos de adaptación en la adolescencia", en: Z. Monroy Nasr. y A. Medina (eds.), *Objeto y realidad en psicología*, UNAM, México.
- Horas, E., Horas P. A., 1973, "La identidad del adolescente y los enfoques científicos", en: Pierini, C. D., comp., *La identidad en el adolescente*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Hornstein, L., 2003, "Intersubjetividad y clínica", en: M. L., Rother Hornstein, comp., *Adolescencia, trayectorias turbulentas*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Izquierdo, M. C., 2003, *El mundo de los adolescentes*, Ed. Trillas, México.
- James, H., 1920, *The letters of William James*, Vol. I, The atlantic Monthly Press, Boston.
- James, W., 1980, *Principles of psychology*, Vol. II, Cap. X, Ed. Holt Rinehart and Winston, New York.
- Kant, E., 1973, « Conjeturas sur le debuts de l'Historie Humaine », en: *La philosophie de l'histoire*, Ed. Aubier, France.
- Kaplan, L. J., 1986, *Adolescencia, el Adios a la Infancia*, Ed. Paidós, Argentina.
- Knobel, M., 1984, "El síndrome de la adolescencia normal", en: Aberasturi, A. y Knobel, M. eds., *La adolescencia normal*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Laing, R., 1978, *El yo y los otros*, Ed. FCE, México, D. F.
- Leif, J., Delay, J., 1971, *Psicología y educación del adolescente*, Vol. I, Ed. Kapelusz, Buenos Aires.
- Lerner, H., 2003, "Adolescencia, trauma e identidad", en: M. L. Rother Hornstein, Comp., *Adolescencia, trayectorias turbulentas*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Lutte, G., 1991, *Liberar la adolescencia*, Ed. Herder Barcelona.
- Markus, H. Y Worf, E., 1987, "The dynamic self concept: a social psychological perspective", *Annual Review of Psychology*, No. 38, USA.
- Mead, G. H., 1934, *Mind, self and society*, ed. University of Chicago Press, Chicago.
- Mietzel, G., 2005, *Claves de la psicología educativa*, Ed. Herder, Barcelona.

- Monroy, N. Z., 2005, "La psicología: Conjunto vacío o saco de gatos", en: Z. Monroy Nasr y A. Medina Liberty (eds.) *Objeto y realidad en psicología*, UNAM, México.
- Montenegro, M. C., 2012, "El devenir histórico de los discursos de saber y poder acerca de abuso sexual de niños: Los dispositivos utilizados por la familia, la escuela, la iglesia, el derecho y el campo de la salud, para su establecimiento y regulación". Tesis doctoral, México, INACIPE.
- Muss, R. E., 1984, *La teoría psicoanalítica del desarrollo adolescente*, Ed. Paidós, Argentina.
- Myers, G. D., 2008, *Psicología Social*, Cap. II, Ed. MC Graw Hill, México.
- Osterrieth, P A., 1980, *Psicología infantil*, Ed. Morata, Madrid.
- Pastor, C. R., 2000, "Identidades y cuerpo: el efecto de las normas genéricas", *Papeles del Psicólogo*, No. 75, Valencia, España.
- Perinat, A., 2003, "la Adolescencia. Perspectiva Psicohistórica", en: *Los adolescentes en el Siglo XXI*, Ed. Voc, Barcelona.
- Pierrot, M., 1996, *La juventud Obrera, del taller a la fábrica*, Ed. Taurus, Madrid.
- Reymond-Rivier, Berthe, 1982, *El desarrollo social del niño y el adolescente*, Ed. Herder, Barcelona.
- Rousseau, J. J., 1976, *Emilio o de la educación*, Ed. Porrúa, México.
- Russial, J. J., 1999, *El pasaje adolescente. De la familia al oráculo social*, Ed. Del Serval, España.
- Spranger, E., 1959, *Psicología de la edad juvenil*, Ed. Nacional, México.
- Symonds, P. M., 1951, *The ego and the self*, Ed. Appleton-century-crofts, New York.
- Tracy, F., 1926, *The psychology of adolescence*, Ed. The Mcmillan Company, New York.
- Vecslir, M., 2003, "La actualidad del psicoanálisis", en: M. L. Rother Hornstein, comp., *Adolescencia, trayectorias turbulentas*, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Wolman, B., 1998, "Adolescence. Biological and psychosocial perspectives", *Contributions in psychology*, No. 35, Greenwood Press, Westport, Conneticut.



Zimmer, J. M., Collins, W. A., 2003, "Autonomy development during adolescence", en: Adams, G. R., Bersonsky, M. D., eds., *Blackwell handbook of adolescence*, ed. Blackwell publishing Ltd., USA.